

**Poesías Líricas**

**Por**

**Félix Lope de Vega y Carpio**

## ROMANCES

### ROMANCES MORISCOS

#### I

Gallardo pasea Zaide  
puerta y calle de su dama,  
que desea en gran manera  
ver su imagen y adorarla,  
porque se vido sin ella  
en una ausencia muy larga,  
que desdichas le sacaron  
desterrado de Granada,  
no por muerte de hombre alguno  
ni por traidor a su dama,  
mas por dar gusto a enemigos,  
si es que en el moro se hallan,  
porque es hidalgo en sus cosas  
y tanto que al mundo espantan  
sus larguezas, pues por ellas  
el moro dejó su patria;  
pero a Granada volvió  
a pesar de vil canalla,  
porque siendo un moro noble  
enemigos nunca faltan.  
Alzó la cabeza y vido  
a su Zaida a la ventana,  
tan bizarra y tan hermosa  
que al sol quita su luz clara.

Zaida se huelga de ver  
a quien ha entregado el alma,  
tan turbada y tan alegre  
y cuanto alegre turbada,  
porque su grande desdicha  
le dio nombre de casada,  
aunque no por eso piensa  
olvidar a quien bien ama.

El moro se regocija  
y con dolor de su alma,  
por no tener más lugar,  
que el puesto no se le daba,  
por ser el moro celoso  
de quien es esposa Zaida,  
en gozo, contento y penas  
le envió aquestas palabras:  
-¡Oh más hermosa y más bella  
que la aurora aljofarada,  
mora de los ojos míos,  
que otra en beldad no te iguala!

Dime, ¿fáltate salud  
después que el verme te falta?  
Mas según la muestra has dado  
amor es el que te falta.

Pues mira, diosa cruel,  
lo que me cuestas del alma  
y cuántas noches dormí  
debajo de tus ventanas;  
y mira que dos mil veces,  
recreándome en tus faldas,

decías: -El firme amor  
sólo entre los dos se halla.  
Pues que por mí no ha quedado,  
que cumplo, por mi desgracia,  
lo que prometo una vez,  
cúmplelo también, ingrata.  
No pido más que te acuerdes,  
mira mi humilde demanda,  
pues en pensar sólo en ti  
me ocupo tarde y mañana-.

Su prolijo razonar  
creo el moro no acabara  
si no faltara la lengua  
que estaba medio turbada.

La mora tiene la suya  
de tal suerte, que no acaba  
de acabar de abrir la gloria  
al moro con la palabra.

Vertiendo de entrambos ojos  
perlas con que le aplacaba  
al moro sus quejas tristes,  
dijo la discreta Zaida:  
-Zaide mío, a Alá prometo  
de cumplirte la palabra  
que es jamás no te olvidar,  
pues no olvida quien bien ama;  
pero yo no me aseguro  
ni estoy de mí confiada,  
que suele, el cuerpo presente,  
ser la vigilia doblada,

y más que tú lisonjeas,  
que ya lo tienes por gala,  
de ser como aquí lo has dicho,  
no habiendo en mí bueno nada.

Sé muy bien lo que te debo  
y pluguiese a Alá quedara  
hecho mi cuerpo pedazos  
antes que yo me casara,  
que no hay rato de contento  
en mí, ni un punto se aparta  
este mi moro enemigo  
de mi lado y de mi cama,  
y no me deja salir  
ni asomarme a la ventana  
ni hablar con mis amigas  
ni hallarme en fiestas o zambras-.

No pudo escuchalla más  
el moro, y así se aparta  
hechos los ojos dos fuentes  
de lágrimas que derrama.  
Zaida, no menos que él,  
se quita de la ventana,  
y aunque apartaron los cuerpos,  
juntas quedaron las almas.

## II

-Mira, Zaide, que te aviso  
que no pases por mi calle  
ni hables con mis mujeres,  
ni con mis cautivos trates,

ni preguntes en qué entiendo  
ni quién viene a visitarme,  
qué fiestas me dan contento  
o qué colores me aplacen;  
basta que son por tu causa  
las que en el rostro me salen,  
corrida de haber mirado  
moro que tan poco sabe.  
Confieso que eres valiente,  
que hiendes, rajas y partes  
y que has muerto más cristianos  
que tienes gotas de sangre;  
que eres gallardo jinete,  
que danzas, cantas y tañes,  
gentil hombre, bien criado  
cuanto puede imaginarse;  
blanco, rubio por extremo,  
señalado por linaje,  
el gallo de las bravatas,  
la nata de los donaires,  
y pierdo mucho en perderte  
y gano mucho en amarte,  
y que si nacieras mudo  
fuera posible adorarte;  
y por este inconveniente  
determino de dejarte,  
que eres pródigo de lengua  
y amargan tus libertades  
y habrá menester ponerte  
quien quisiere sustentarte

un alcázar en el pecho  
y en los labios un alcaide.  
Mucho pueden con las damas  
los galanes de tus partes,  
porque los quieren briosos,  
que rompan y que desgarren;  
mas tras esto, Zaide amigo,  
si algún convite te hacen,  
al plato de sus favores  
quieren que comas y calles.  
Costoso fue el que te hice;  
venturoso fueras, Zaide,  
si conservarme supieras  
como supisme obligarme.

Apenas fuiste salido  
de los jardines de Tarfe  
cuando hiciste de la tuya  
y de mi desdicha alarde.  
A un morito mal nacido  
me dicen que le enseñaste  
la trenza de los cabellos  
que te puse en el turbante.  
No quiero que me la vuelvas  
ni quiero que me la guardes,  
mas quiero que entiendas, moro,  
que en mi desgracia la traes.

También me certificaron  
cómo le desafiaste  
por las verdades que dijo,  
que nunca fueran verdades.

De mala gana me río;  
¡qué donoso disparate!  
No guardas tú tu secreto  
¿y quieres que otro le guarde?  
No quiero admitir disculpa;  
otra vez vuelvo a avisarte  
que ésta será la postrera  
que me hables y te hable-.  
Dijo la discreta Zaida  
a un altivo bencerraje  
y al despedirle repite:  
«Quien tal hace, que tal pague».

### III

-Di, Zaida, ¿de qué me avisas?  
¿Quieres que muera y me calle?  
No te fíes de mujeres  
fundadas en disbarates.  
Y si pregunté en qué entiendes  
y quién viene a visitarte,  
son fiestas de mis tormentos  
ver qué colores te aplacen.  
Dices que son por mi causa  
las que en el rostro te salen;  
por la tuya, con mis ojos,  
tengo regada la calle.  
Dícesme que estás corrida  
de que Zaide poco sabe;  
no sé poco, pues que supe  
conocerte y adorarte.



Confieras que soy valiente,  
que tengo otras muchas partes;  
pocas tengo pues no puedo  
de una mentira vengarme;  
mas ha querido mi suerte  
que ya en quererme te canses;  
no busques inconvenientes,  
si no que quieres dejarme.  
No entendí que eras mujer  
a quien mentiras le placen,  
mas tales son mis desdichas  
que en mí lo imposible hacen;  
hanme puesto en tal extremo  
que el bien tengo por ultraje:  
lóasme para hacerme  
la nata de los galanes;  
yo soy quien pierdo en perderte  
y yo quien gano en amarte  
y aunque hables en mi ofensa  
no dexaré de adorarte.  
Dices que si fuera mudo  
fuera posible adorarme;  
si en tu daño no lo he sido,  
enmudezca en disculparme.  
Si te ha ofendido mi vida  
y si gustas de matarme,  
basta decir que hablo mucho  
para que el pesar me acabe.  
Es mi pecho un fuerte muro  
de tormentos inmortales

y mis labios son silencio,  
que no han menester alcaide.

El hacer plato o banquete  
es de hombres principales,  
mas darles de sus favores  
sólo pertenece a infantes.

Zaida cruel, que dijiste  
que no supe conservarte:  
mejor te supe obligar  
que tú supiste pagarme.

Mienten las moras y moros  
y miente el traidor de Zarque  
que si yo le amenazara  
bastara para matarle.

A ese perro mal nacido  
a quien yo mostré el turbante  
no fié yo del secreto;  
en pecho bajo no cabe.

Yo le quitaré la vida  
y escribiré con su sangre  
lo que tú, Zaida, replicas:

«Quien tal hace, que tal pague».

#### IV

El mayor Almoralfie  
de los buenos de Granada,  
el de más seguro alfanje  
y el de más temida lanza,  
el sobrino de Zulema,  
visorrey de la Alpujarra,

gran consejero en la paz,  
fuerte y bravo en la batalla,  
en socorro de su rey  
se va a la mar desde Baza,  
más animoso y galán  
que el hijo del moro Audalla;  
tanto que al mundo su nombre  
seguras fianzas daba  
que verdaderas saldrían  
sus dichas esperanzas.  
Albornoz de seda verde  
y de pajizo de gualda,  
marlota de raso al uso,  
de verdes lirios sembrada,  
por mostrar que allá en la guerra  
encubre con esperanzas  
los lirios, que ya son verdes  
y fueron flores moradas;  
con cuatro moros detrás  
solo en una yegua baya,  
que quien quiere adelantarse  
bien es que delante vaya,  
recogiendo, pues la rienda  
cesando el trote paraba  
por no sentir por la posta  
la ausencia de Felisalva.  
Saca un retrato del pecho,  
que aun a sacalle no basta,  
porque salen tras la vista  
las imágenes del alma.

-Amada mora -le dice-,  
que parece que me hablas  
con ceño porque te dejo  
y dejándote me agravias,  
¿cómo me miras alegre,  
pues yo te vi esta mañana  
tan enojada conmigo  
que contigo te enojabas?  
Si no lloras como peña  
que está dura y echa un agua,  
¡mucho me quieren tus ojos,  
mucho debo a tus entrañas!  
Si el arrancar tus cabellos  
no es sentimiento que engaña,  
¡muchos cabellos, amiga,  
por mi respeto te faltan!  
Habla ya que a tu pintura  
le darán vida mis ansias  
dejando mi cuerpo triste  
vacío y con fuerzas flacas.  
Felisalva, no te entiendo,  
las suertes están trocadas,  
hoy callas tú y hablo yo,  
ayer hablaste y callaba.  
¡Malhaya aquel amador  
que al retrato de su dama  
le dice sus sentimientos,  
pues que no sienten las tablas!  
¡Malhaya aquel que la mira  
en retrato mesurada,

él llorando, flaco y triste,  
y ella compuesta y ufana!  
¡Ay pundonor que me llevas  
a meterme en una barca  
y entre las ondas y el cielo  
cargado de acero y malla!  
¡Ay mis baños y jardines  
que el mejor tiempo os dejara!  
Mas si dejo mi contento  
¿qué hago en dejar mi casa?  
Amiga, por nuestro amor  
que si vives en mi alma  
suspirando me la envías,  
que no venceré sin alma-.  
Con esto los cuatro moros  
a media rienda le alcanzan;  
esconde el retrato y pica  
hablando de guerra y armas.

## V

De la armada de su rey  
a Baza daba la vuelta  
el mejor Almoralfi,  
sobrino del gran Zulema,  
y aunque llegó a medianoche,  
a pesar de las tinieblas  
desde lejos divisaba  
de su ciudad las almenas.  
-Aquel chapitel es mío  
con las águilas de César,

insignia de los romanos  
que usurparon esta tierra.

La torre de Felisalva  
apostaré que es aquélla,  
que en fe de su dueño altivo  
compite con las estrellas.

¡Oh gloria de mi esperanza  
y esperanza de mi ausencia,  
compañía de mi gusto,  
soledad de mis querellas!

Si de mi alma quitares  
los recelos que la quedan,  
y algunas facilidades  
que de tus gustos me cuentan,

si tu belleza estimaras  
como estimo tu belleza  
fueras ídolo de España  
y fama de ajenas tierras-.

Dijo, y entrándose en Baza  
a sus moros dio la yegua  
y del barrio de su dama  
las blancas paredes besa.

Hizo la seña que usaba  
y al ruido de la seña  
durmieron sus ansias vivas  
y Felisalva despierta.

Salió luego a su balcón  
y de pechos en las verjas  
a su moro envía el alma,  
que le abrazase por ella.

Apenas pueden hablarse  
que la gloria de su pena  
les hurtaba las palabras,  
que en tal trance no son buenas.

Al fin la fuerza de amor  
rompió al silencio la fuerza  
porque sus querellas mudas  
por declarar se revientan,  
y la bella Felisalva  
tan turbada cuanto bella,  
estando atento su moro  
a preguntalle comienza:

-Almoralife galán  
¿cómo venís de la guerra?  
¿Mataste tantos cristianos  
como damas os esperan?  
¿Mi retrato viene vivo  
o murió de las sospechas  
que a su triste original  
le dan soledades vuestras?  
Del vuestro sabré deciros  
que parece que le pesa  
de que faltándole el ver  
vivir y mirarle pueda-.

## VI

En la prisión está Adulce  
alegre porque se sabe  
que está preso sin razón  
y le quieren mal de balde.

Esto es causa que en el moro  
es la pena menos grave,  
pues no quiere libertad  
si con ella han de culpalle.

Piensan que ha de hacer por fuerza  
lo que de agrado no hace,  
enmudeciendo las leyes  
para que los mudos hablen.

Arrimado está a una reja  
que hace más fuerte la cárcel,  
pena un tiempo de traidores  
castigo ya de leales.

Alzó los ojos al cielo  
temiendo que se le cae  
y dijo: -Siempre padezco  
por leal y por amante.

¡Ay Aja ingrata! ¿Qué es esto,  
que en medio de mis pesares  
hallo viva la memoria  
de mis bienes y mis males?

Y todo porque no pueda,  
ingrata, desengañarme,  
pues con quererte en naciendo  
pienso que te quise tarde.

A otra reja me vi asido,  
más baja, porque alcanzase  
las promesas de tu boca,  
puesto que ya no se guarden.

¿Cómo quieres, di, que crea  
que el aire se las llevase,



estando los dos tan cerca  
que apenas pasaba el aire?  
¿Cómo no te desengañas  
de que así quise engañarte  
si en medio de los favores  
siempre me viste cobarde?  
¡Agora, ingrata, te pesa  
de que te sirva y te ame  
y no quieres ser querida  
quizá por desobligarte!  
¿Quién derribo por el suelo  
el edificio admirable  
que alzó amor a las estrellas,  
de que apenas hay señales?  
Déjanse sus ruinas  
una piedra que declare  
la mudanza que hizo el tiempo  
sin poder jamás mudarme.  
Mucho debo a sus amigos,  
todos dicen que me guarde,  
mas ¿de qué sirve, cruel,  
si viene el consejo tarde?  
¿De qué aprovecha el socorro  
y que todo el pueblo llame  
si está la casa abrasada  
cuando la campana tañen?  
¿Quieres, ingrata, que pierda  
el premio de ser constante  
y que si es la causa firme  
que la pena sea mudable?

No, para tanta belleza  
no hay tormento que sea grave,  
pues la ofensa de quererte  
se defiende con amarte.  
Los ojos vuelve, enemiga,  
y podrá ser que eso baste,  
pues para corta ventura  
cualquier favor será grande.  
Verás lo mucho que quiero  
y lo poco que me vale  
y que no es bien que me pierda  
donde es justo que me gane-.  
Llamaron en esto al moro,  
que le esperaba su paje,  
que venía muy contento  
con una carta que trae,  
donde Adalifa le escribe  
el pésame de sus males,  
Y Adulce dijo: -¿Qué importa  
si Aja gusta que me acaben?

## **ROMANCES A FILIS**

### **XII**

Hortelano era Belardo  
de las huertas de Valencia,  
que los trabajos obligan  
a lo que el hombre no piensa.  
Pasado el hebrero loco,

flores para mayo siembra,  
que quiere que su esperanza  
dé fruto a la primavera.

El trébol para las niñas  
pone al lado de la huerta,  
por que la fruta de amor  
de las tres hojas aprenda.

Albahacas amarillas,  
a partes verdes y secas,  
trasplanta para casadas  
que pasan ya de los treinta  
y para las viudas pone  
muchos lirios y verbena,  
porque lo verde del alma  
encubre la saya negra.

Toronjil para muchachas  
de aquellas que ya comienzan  
a deletrear mentiras,  
que hay poca verdad en ellas.

El apio a las opiladas  
y a las preñadas almendras,  
para melindrosas cardos  
y ortigas para las viejas.

Lechugas para briosas  
que cuando llueve se quemán,  
mastuerzo para las frías  
y ajenjos para las feas.

De los vestidos que un tiempo  
trujo en la Corte, de seda,  
ha hecho para las aves

un espantajo de higuera.  
Las lechuguillazas grandes,  
almidonadas y tiesas  
y el sombrero boleado  
que adorna cuello y cabeza,  
y sobre un jubón de raso  
la más guarnecida cuera,  
sin olvidarse las calzas  
españolas y tudescas.  
Andando regando un día,  
viole en medio de la higuera  
y riéndose de velle,  
le dice desta manera:  
-¡Oh ricos despojos  
de mi edad primera  
y trofeos vivos  
de esperanzas muertas!  
¡Qué bien parecéis  
de dentro y de fuera,  
sobre que habéis dado  
fin a mi tragedia!  
¡Galas y penachos  
de mi soldadesca,  
un tiempo colores  
y agora tristeza!  
Un día de Pascua  
os llevé a mi aldea  
por galas costosas,  
invenciones nuevas.  
Desde su balcón

me vio una doncella  
con el pecho blanco  
y la ceja negra.  
Dejose burlar,  
caseme con ella,  
que es bien que se paguen  
tan honrosas deudas.

Supo mi delito  
aquella morena  
que reinaba en Troya  
cuando fue mi reina.  
Hizo de mis cosas  
una grande hoguera,  
tomando venganzas  
en plumas y letras.

### XIII

Mirando está las cenizas  
de aquel saguntino fuego,  
los vanos anfiteatros,  
vivos ejemplos del tiempo,  
Belardo, que allí llegó  
con sus cabras y becerros,  
antes morador del Tajo  
y ya del río Monviedro;  
y viendo entre sus ruinas  
del tiempo tantos ejemplos  
así le dice, llorando  
sobre un peñasco de pechos:  
-¿Quién se ha de poner contigo

a fuerza, tiempo ligero,  
teniendo tantos testigos  
de tus poderosos hechos?  
¡Qué acabaste de ciudades,  
qué deshiciste de imperios,  
qué de triunfos has traído  
a sepultura de muertos!  
Los mármoles que cubrían,  
de púrpura y oro llenos,  
yacen por el suelo ahora  
de inútil yerba cubiertos.  
Aquí, donde recitadas  
alegres comedias fueron,  
unos alegres sombríos  
está recitando el tiempo,  
y el lugar que tan apriesa  
ocuparon sus asientos  
a mis cabras lo agradezca  
que su yerba están paciendo,  
y sólo de sus balidos  
por derribados cimientos  
estas bóvedas escuchan  
tristes y espantables ecos.  
No pienses que soy, Sagunto,  
Belisardo ni Pompeyo,  
pero soy un desterrado  
por uno de tus sucesos,  
que como la piedra cae  
y sube a su esfera el fuego,  
he venido a este lugar

como a verdadero centro.

Ya fuiste ciudad insigne  
y fui yo dichoso un tiempo,  
tus mármoles levantabas  
y yo mi ventura al cielo;  
tú por ser buena ciudad,  
yo por ciudadano bueno  
ambos en el suelo estamos,  
tú difunta, yo muriendo.

Sobra de malos amigos  
en este lugar me han puesto;  
tu muerte fue honrada vida,  
pues fue de enemigos buenos.

Por haber sido agradable  
a tan inclemente cielo  
me pagan desta manera  
que ves que penando muero.

Consuélate, ciudad mía,  
pues en tus manos me han puesto  
en agradable prisión  
yerros de mi propio dueño.

#### XIV

Contemplando estaba Filis  
a la medianoche sola  
una vela a cuya lumbre  
labrando estaba una cofia,  
porque andaba en torno della  
una blanca mariposa,  
quemándose los extremos

y cerca de arderse toda.  
Suspendiose, imaginando  
el avecilla animosa,  
tomola en sus blancas manos  
y así le dice, envidiosa:  
-¿Adónde tienes los ojos  
que desta luz te enamoras,  
la boca con que la besas  
y el gusto con que la gozas?  
¿Adónde tienes tu ingenio  
y dónde está la memoria?  
¿Con qué lengua la requiebras?  
¿Con qué despojos la adornas?  
¿Qué le dices cuando llegas,  
cuando en su fe presurosa  
le dejas alguna prenda  
de la afición que la adoras?  
Y sin haberte ido vienes  
y después a volar tornas  
hasta el punto que tu vida  
entre las llamas despojas,  
viendo que no será justo  
dilatar su muerte y gloria-.  
En diciendo estas razones,  
llegose al fuego y quemola.  
-Dichosa fuiste, avecilla  
-Filis prosigue-, pues gozas  
en los brazos de tu amigo  
vida y muerte gloriosa;  
que la vida sin contento



mucha falta y poca sobra  
y sólo el sosiego es bueno  
adonde el alma reposa.  
Mas ¿cómo yo con tu ejemplo  
no me doy la muerte ahora?  
Morir quiero, pues me anima,  
y acabar con tantas cosas.  
He sabido que Belardo  
su vida pasa con otra,  
porque le enojan mis celos  
y mis desdichas le enojan-.  
Del paño de su labor  
un corto cuchillo toma  
y dijo toda turbada:  
-Oh Belardo, aquí fue Troya-.  
Pero primero que fuese  
puesto el intento por obra,  
quiso probar el dolor,  
que es mujer y temerosa.  
Con la aguja que labraba  
picose el dedo y turbola  
de su muy querida sangre  
el ver salir una gota.  
Pide un paño a la criada,  
intento y cuchillo arroja;  
lloró su sangre perdida,  
que su amante no la llora.

## **ROMANCES A BELISA**

#### IV

De pechos sobre una torre  
que la mar combate y cerca  
mirando las fuertes naves  
que se van a Inglaterra,  
las aguas crece Belisa  
llorando lágrimas tiernas,  
diciendo con voces tristes  
al que se aparta y la deja:

«Vete, cruel, que bien me queda  
en quien vengarme de tu agravio pueda».

No quedo con solo el hierro  
de tu espada y de mi afrenta,  
que me queda en las entrañas  
retrato del mismo Eneas,  
y aunque inocente, culpado,  
si los pecados se heredan;  
matárame por matarle  
y moriré porque muera.

«Vete, cruel, que bien me queda  
en quien vengarme de tu agravio pueda».

Mas quiero mudar de intento  
y aguardar que salga fuera  
por si en algo te parece  
matar a quien te parezca.

Mas no le quiero aguardar,  
que será víbora fiera,  
que rompiendo mis entrañas,  
saldrá dejándome muerta.

«Vete, cruel, que bien me queda  
en quien vengarme de tu agravio pueda».

Así se queja Belisa  
cuando la priesa se llega;  
hacen señal a las naves  
y todas alzan las velas.

«Aguarda, aguarda -le dice-;  
fugitivo esposo, espera...

Mas, ¡ay!, en balde te llamo;  
¡plega Dios que nunca vuelvas!

Vete, cruel, que bien me queda  
en quien vengarme de tu agravio pueda».

\*\*\*\*\*

## **LETRAS PARA CANTAR**

### **CANTAR DE SIEGA**

Blanca me era yo  
cuando entré en la siega;  
diome el sol y ya soy morena.

Blanca solía yo ser  
antes que a segar viniese;  
mas no quiso el sol que fuese  
blanco el fuego en mi poder.

Mi edad al amanecer  
era lustrosa azucena;  
diome el sol y ya soy morena.

## SERRANAS

### I

Reverencia os hago,  
linda vizcaína,  
que no hay en Vitoria  
doncella más linda.  
Llevaisla del alma  
que esos ojos mira  
y esas blancas tocas  
son prisiones ricas.  
Más preciara haceros,  
mi querida amiga,  
que vencer los moros  
que a Navarra lidian.  
-Id con Dios, el conde,  
mirad que soy niña,  
y he miedo a los hombres  
que andan en la villa.  
Si me ve mi madre,  
a fe que me riña.  
Yo no trato en almas,  
sino en almohadillas.  
-Dadme vuestra mano;  
vámonos, mi vida,  
a la mar, que tengo  
cuatro naves mías.  
-¡Ay Dios, que me fuerzan!  
¡Ay Dios, que me obligan!  
Tómala en los brazos

y a la mar camina.

## II

A caza va el caballero  
por los montes de París,  
la rienda en la mano izquierda  
y en la derecha el neblí.

Pensando va en su señora  
que no la ha visto al partir,  
porque como era casada  
estaba su esposo allí.

Como va pensando en ella,  
olvidado se ha de sí;

los perros siguen las sendas  
entre hayas y peñas mil.

El caballo va a su gusto  
que no le quiere regir.

Cuando vuelve el caballero  
hallose de un monte al fin;  
volvió la cabeza al valle  
y vio una dama venir,  
en el vestido serrana  
y en el rostro serafín.

-Por el montecico sola  
¿cómo iré?

¡Ay Dios, si me perderé!

¿Cómo iré triste, cuitada,  
de aquel ingrato dejada?

Sola, triste, enamorada,

¿dónde iré?

¡Ay Dios, si me perderé!  
-¿Dónde vais, serrana bella,  
por este verde pinar?  
Si soy hombre y voy perdido  
mayor peligro lleváis.  
-Aquí cerca, caballero,  
me ha dejado mi galán  
por ir a matar un oso  
que ese valle abajo está.  
-¡Oh mal haya el caballero  
en el monte Allubricán,  
que a solas deja su dama  
por matar un animal!  
Si os place, señora mía,  
volved conmigo al lugar,  
y porque llueve, podréis  
cubriros con mi gabán-.

Perdido se han en el monte  
con la mucha oscuridad;  
al pie de una parda peña  
el alba aguardando están;  
la ocasión y la ventura  
siempre quieren soledad.

### III

Salteáronme los ojos  
de la mozuela;  
diles más que pedían,  
¿de qué se quejan?  
Érase la niña

libre de las penas  
que el amor me causa  
porque vine a verla.

Era yo arrogante,  
burlé de sus flechas,  
pero destas burlas  
vine a tantas veras.

Vi los bellos ojos  
de la mozueta;  
diles más que pedían,  
¿de qué se quejan?

### **CANCIÓN DE BODAS**

Dente parabienes  
el mayo garrido,  
los alegres campos,  
las fuentes y ríos.

Alcen las cabezas

los verdes alisos  
y con frutos nuevos  
almendros floridos.

Echen las mañanas  
después del rocío,  
en espadas verdes  
guarnición de lirios.

Suban los ganados  
por el monte mismo  
que cubrió la nieve

a pacer tomillos.

FOLÍA

Y a los nuevos desposados  
eche Dios su bendición;  
parabién les den los prados,  
pues hoy para en uno son.

VUELVEN A DANZAR

Montañas heladas  
y soberbios riscos,  
antiguas encinas  
y robustos pinos,  
dad paso a las aguas  
en arroyos limpios  
que a los valles bajan  
de los hielos fríos.

Canten ruisseñores  
y con dulces silbos  
sus amores cuenten  
a estos verdes mirtos.

Fabriquen las aves  
con nuevo artificio  
para sus hijuelos  
amorosos nidos.

FOLÍA

Y a los nuevos desposados  
eche Dios su bendición;  
parabién les den los prados  
pues hoy para en uno son.



## **CANCIÓN DE BODAS**

Esta novia se lleva la flor,  
que las otras no.

Bendiga Dios el molino  
que tales novias sustenta,  
muela su harina sin cuenta  
a costa de tal padrino.

Éstas muelen de lo fino  
del trigo que muele amor,  
que las otras no.

## **CANCIÓN DE BAUTIZO**

UNA VOZ

Este niño se lleva la flor,  
que los otros no.

Este niño tan garrido.

TODOS

Se lleva la flor.

VOZ

Que es hermoso y bien nacido.

TODOS

Se lleva la flor.

VOZ

La dama que le ha parido.

TODOS

Se lleva la flor.

VOZ

Cuando llegue a estar crecido,  
ha de ser un gran señor.  
Este niño se lleva la flor,  
que los otros no.

### **CANTAR DE BAUTIZO**

A la gala de la madrina  
que nadie la iguala en toda la villa.

Esta graciosa zagala  
vence a todas en la gala  
y ella a sí misma se iguala  
porque es de suerte divina  
que nadie la iguala en toda la villa.

Fue tal su valor divino  
que en algún modo convino  
que la igualase el padrino  
porque era tan bella y linda  
que nadie la iguala en toda la villa.

### **MAYA**

I

En las mañanicas  
del mes de mayo  
cantan los ruiseñores,  
retumba el campo.  
En las mañanicas,  
como son frescas,

cubren ruiseñores  
las alamedas.  
Ríense las fuentes  
tirando perlas  
a las florecillas  
que están más cerca.  
Vístense las plantas  
de varias sedas  
que sacar colores  
poco les cuesta.  
Los campos alegran  
tapetes varios,  
cantan los ruiseñores,  
retumba el campo.

## II

Sale el mayo hermoso  
con los frescos vientos  
que le ha dado marzo  
de céfiros bellos.  
Las lluvias de abril  
flores le trujeron:  
púsose guirnaldas  
en rojos cabellos.  
Los que eran amantes  
amaron de nuevo  
y los que no amaban  
a buscarlo fueron.  
Y luego que vieron  
mañanas de mayo,

cantan los ruiseñores,  
retumba el campo.

## **TRÉBOLE**

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!

Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

Trébole de la casada  
que a su esposo quiere bien;  
de la doncella también  
entre paredes guardada,  
que fácilmente engañada  
sigue su primer amor.

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!

Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

Trébole de la soltera  
que tantos amores muda;  
trébole de la viuda  
que otra vez casarse espera,  
tocas blancas por defuera  
y faldellín de color.

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!

Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

## **VILLANCICOS**

### **II**

Cogiome a tu puerta el toro,  
linda casada,

no dijiste: Dios te valga.  
El novillo de tu boda  
a tu puerta me cogió;  
de la vuelta que me dio  
se rió la aldea toda,  
y tú, grave y burladora,  
linda casada,  
no dijiste: ¡Dios te valga!

\*\*\*\*

## LETRAS DIVERSAS

### III

Salió la niña en cabello  
a coger flores de azâr  
y ella y el aurora a un tiempo  
mirando las flores van.  
Siguiéndolas viene Amor  
que tras de un verde arrayán  
contemplando su hermosura  
contempló su libertad.  
En el nácar de una rosa  
iba a poner su cristal  
cuando viéndola Amor dijo  
para enamorarla más:  
-Ofendido me tienen  
tus ojos bellos,  
pues me ponen la culpa  
que tienen ellos.

Toma el arco, la niña,  
que yo no quiero  
ser Amor, pues que matas  
a Amor con ellos-.

#### IV

Naranjitas me tira la niña  
en Valencia por Navidad,  
pues a fe que si se las tiro  
que se le han de volver azâr.

A una máscara salí  
y pareme a su ventana;  
amaneció su mañana  
y el sol en sus ojos vi.  
Naranjitas desde allí  
me tiró para furor;  
como no sabe de amor  
piensa que todo es burlar,  
pues a fe que si se las tiro  
que se le han de volver azâr.

Naranjitas me tira la niña  
en Valencia por Navidad,  
pues a fe que si se las tiro  
que se le han de volver azâr.

#### V

Claros aires de Valencia,  
que dais a la mar embates,  
a sus verdes plantas flores  
y a sus naranjos azâres;

huéspedes frescos de abril,  
instrumentos de sus aves,  
campanitas del amor  
que despertáis los amantes,  
llevad mis suspiros,  
aires suaves  
al azâr de unas manos  
que en ellas nacen.

## VII

No ser, Luscinda, tus bellas  
niñas formalmente estrellas,  
bien puede ser;  
pero que en su claridad  
no tengan cierta deidad,  
no puede ser.

Que su boca celestial  
no sea el mismo coral,  
bien puede ser;  
mas que no excedan la rosa  
en ser roja y olorosa,  
no puede ser.

Que no sea el blanco pecho  
de nieve o cristales hecho,  
bien puede ser;  
mas que no exceda en blancura,  
cristales y nieve pura,  
no puede ser.

Que no sea Sol ni Apolo,  
ángel puro y fénix solo,

bien puede ser;  
pero que de ángel no tenga  
lo que con ángel convenga,  
no puede ser.

Que no sean lirios sus venas  
ni sus manos azucenas,  
bien puede ser;  
mas que en ellas no se vean  
cuantas gracias se desean,  
no puede ser.

## IX

Si os partiéredes al alba  
quedito, pasito, amor,  
no espantéis al ruseñor.  
Si os levantáis de mañana  
de los brazos que os desean,  
porque en los brazos no os vean  
de alguna envidia liviana,  
pisad con planta de lana,  
quedito, pasito, amor,  
no espantéis al ruseñor.

\*\*\*\*

## **SEGUIDILLAS**

Apacibles prados,  
creced las hierbas,  
que ganado de oro



pasa por ellas.  
Caminad, suspiros  
adonde soléis,  
y si duerme mi niña  
no la recordéis.  
No corráis, vientecillos,  
con tanta prisa,  
porque al son de las aguas  
duerme la niña.  
En Santiago el Verde  
me dieron celos,  
noche tiene el día,  
vengarme pienso.  
Álamos del seto,  
¿dónde está mi amor?  
Si se fue con otro  
morireme yo.  
Manzanares claro,  
río pequeño,  
por faltarle el agua  
corre con fuego.  
Blancas coge Lucinda  
las azucenas  
y en llegando a sus manos  
parecen negras.  
Cuando sale el alba,  
Lucinda bella,  
sale más hermosa,  
la tierra alegre.  
Con su sol enjuga

sus blancas perlas;  
si una flor le quita,  
dos mil engendra.

Porque son sus plantas  
de primavera  
y como cristales  
sus manos bellas.

Y así, con ser bellas  
las azucenas,  
en llegando a sus manos  
parecen negras.

Riberitas hermosas  
de Darro y Genil,  
esforzad vuestros aires,  
que me abraso aquí.

Hermosas riberas  
donde yo nací,  
la que fue mi muerte  
en vosotras vi.

En el fuego es julio  
y en la vista abril;  
esforzad vuestros aires,  
que me abraso aquí.

Orillas hermosas  
que el cristal cubrís,  
tened, que me muero,  
lástima de mí.

Si encubra las llamas  
de nieve y jazmín,  
esforzad vuestros aires,

que me abraso aquí.

## SEGUIDILLAS DEL GUADALQUIVIR

Río de Sevilla,  
¡cuán bien pareces,  
con galeras blancas  
y ramos verdes!  
Vienen de Sanlúcar,  
rompiendo el agua,  
a la torre del oro  
barcos de plata.  
Barcos enramados  
van a Triana,  
el primero de todos  
me lleva el alma.  
A San Juan de Alfarache  
va la morena  
a trocar con la flota  
plata por perlas.  
Zarpa la capitana,  
tocan a leva  
y los ecos responden  
a las trompetas.  
Río de Sevilla,  
¡quién te pasase  
sin que la mi servilla  
se me mojase!  
Salí de Sevilla

a buscar mi dueño,  
puse al pie pequeño  
dorada servilla.  
Como estoy a la orilla  
mi amor mirando,  
digo suspirando:  
-¡Quién te pasase  
sin que la mi servilla  
se me mojase!

\*\*\*\*

## **LETRILLAS JOCOSAS**

Mariquita me llaman  
los carreteros;  
Mariquita me llaman...  
voime con ellos.  
(Servir a señor discreto.)  
Lavareme en el Tajo  
muerta de risa,  
que el arena en los dedos  
me hace cosquillas.  
Que no quiero bonetes,  
que soy muy boba,  
y en andando con picos  
me pico toda.  
Si te echares al agua,  
bien de mis ojos,  
llévame en tus brazos,

nademos todos.  
Cuantas veces me brindan  
tus ojos bellos,  
como son de pimienta  
bebo con ellos.  
Mi forzado me dice  
que no le sigo;  
daré viento a las velas  
con mis suspiros.  
A los carreteros  
del buen Getafe  
les rogaba la niña  
que la llevasen.  
Pásese, señora,  
desotra banda,  
que es aquella mula  
falsificada.  
Unta aquellas ruedas,  
mozo de Judas,  
que ninguno se mueve  
si no le untan.  
Hacia atrás se hagan  
los de delante,  
que se ahorcan las mulas  
sin ser tratantes.  
¡Cómo se arrellana  
la madre tía!  
¡Vive Dios que no lleve  
vieja en mi vida!  
Si en mi carro llevara

poetas solos,  
no llevara un adarme  
de viento en todos.  
Dale aquella rucia,  
que se desmanda;  
alcaceres ha visto;  
ser hembra basta.

\*\*\*\*

## CANCIONES DE SAN JUAN

I

### MÚSICOS

La mañana de San Juan, mozas,  
vámonos a coger rosas.

UNO SOLO

Pues que tan clara amanece...

TODOS

Vamos a coger rosas.

UNO

Y todo el campo florece...

TODOS

Vamos a coger rosas.

UNO

Aquí hay verbena olorosa.

TODOS

Vamos a coger rosas,  
la mañana de San Juan, mozas.

Vamos a coger rosas.

UNO

Adonde cantan las aves...

TODOS

Vamos a coger rosas.

UNO

Y corren fuentes suaves...

TODOS

Vamos a coger rosas.

UNO

Aquí convida la sombra.

TODOS

Vamos a coger rosas,  
la mañana de San Juan, mozas,  
vamos a coger rosas.

II

Íbase la niña,  
noche de San Juan,  
a coger los aires  
al fresco del mar.  
Miraba los remos  
que remando van  
cubiertos de flores,  
flores de azahar.  
Salió un caballero  
por el arenal,  
dijérale amores  
cortés y galán.  
Respondió la esquivia,  
quísola abrazar,

con temor que tiene  
huyendo se va.  
Saliole al camino  
otro por burlar,  
las hermosas manos  
le quiere tomar.  
Entre estos desvíos  
perdido se han  
sus ricos zarcillos;  
vanlos a buscar.  
«¡Dejadme llorar  
orillas del mar!»  
«¡Por aquí, por allí los vi,  
por aquí deben de estar!»  
Lloraba la niña,  
no los puede hallar,  
danse para ellos,  
quiérenla engañar.  
«¡Dejadme llorar  
orillas del mar!»  
«¡Por aquí, por allí los vi,  
por aquí deben de estar!»  
«Tomad, niña, el oro  
y no lloréis más,  
que todas las niñas  
nacen en tomar,  
que las que no toman  
después llorarán  
el no haber tomado  
en su verde edad».



## SEGUIDILLAS DE LA NOCHE DE SAN JUAN

Salen de Valencia  
noche de San Juan  
mil coches de damas  
al fresco del mar.

¡Cómo retumban los remos,  
madre, en el agua,  
con el fresco viento  
de la mañana!

Despertad, señora mía,  
despertad,  
porque viene el alba  
del señor San Juan.

Vamos a la playa  
noche de San Juan  
que alegra la tierra  
y retumba el mar.

En la playa hagamos  
fiestas de mil modos,  
coronados todos  
de verbena y ramos.

A su arena vamos,  
noche de San Juan,  
que alegra la tierra  
y retumba el mar.

\*\*\*\*

## VILLANCICO RELIGIOSO

CORO

¿Quién tendrá alegría  
sin la blanca niña

UNA VOZ

¿Quién podrá alegrarse  
si tan lejos deja  
aquella alba clara  
que la tierra alegra  
en casa desierta  
del bien que tenía?

CORO

¿Quién tendrá alegría  
sin la blanca niña?

\*\*\*\*

## LETRAS SACRAS

I

A la clavelina,  
a la perla fina,  
a la aurora santa,  
que el sol se levanta.  
Clavelina hermosa,  
perla de los cielos,  
rocío divino,  
soberano Verbo;  
gusto que las nubes

a la tierra dieron  
sobre el vellocino  
más puro que el cielo.  
Vuestra Madre Aurora,  
día tan sereno  
a la tierra ha dado  
que os está diciendo,  
puesto que en el cielo  
de noche tan fría  
a la clavelina  
a la perla fría  
a la aurora santa  
que el sol se levanta.  
Reina de los cielos,  
Divina señora,  
a fe que habéis dado  
al mundo limosna,  
que andaba gitano  
fuera de la gloria  
con esa moneda,  
pues que vale sola  
cuanto vale Dios.  
Mirad si atesora  
la ventura toda  
que la tierra aguarda;  
a la aurora santa  
que el sol se levanta;  
a la clavelina.

Mañanicas floridas  
del frío invierno,  
recordad a mi niño  
que duerme al hielo.  
Mañanas dichosas  
del frío diciembre,  
aunque el cielo os siembre  
de flores y rosas,  
pues sois rigurosas  
y Dios es tierno,  
recordad a mi niño  
que duerme al hielo.

## VI

Temblando estaba de frío  
el mayor fuego del cielo,  
y el que hizo el tiempo mismo  
sujeto al rigor del tiempo.

¡Ay niño tierno!

¿Cómo si os quema amor, tembláis de hielo?

El que hizo con su mano  
los discordes elementos,  
naciendo está, por el hombre  
a la inclemencia sujeto.

¡Ay niño tierno!

¿Cómo si os quema amor, tembláis de hielo?

**GALLARDA**

Al casamiento de Fabio  
mayoral del monte nuestro  
previenen fiestas y bailes  
los pastores y vaqueros.

A danzar sale gallarda  
la bella Inarda y Fineo  
y aunque fuera diferente  
fuera la gallarda en vellos.

Con una y otra mudanza  
dan vueltas y trotan puestos  
ya de guerra, ya de paz  
siguiendo los instrumentos.

¡Al arma, al arma!

¡Al arma, pensamiento,  
que quieren defenderse los deseos!

En alto me veo,  
capillo de oro tengo,  
moros veo venir;  
no puedo huir  
y aunque pudiera no quiero.

Ten, Amor, el arco quedo,  
que soy niña y tengo miedo.

Érame yo niña  
y niña en cabello,  
guardaba ganado,  
no guardaba el pecho.

Andando cazando  
viome el caballero;  
palabras me dijo  
que me enternecieron.

Ten, Amor, el arco quedo,  
que soy niña y tengo miedo.

¡Al arma, al arma!

¡Al arma, pensamiento,  
que quieren defenderse los deseos!

En alto me veo,  
capillo de oro tengo,  
moros veo venir;  
no puedo huir  
y aunque pudiera no quiero.

Ten, Amor, el arco quedo,  
que soy niña y tengo miedo.

(Con su pan se lo coma.)

## **MAYA**

Hicieron a Venus maya,  
diosa interesable siempre,  
los pastores de la isla  
donde más imperio tiene.  
Como los meses de mayo  
eran sus mejores meses,  
ya porque está verde todo  
ya porque la diosa es verde,  
Belisa y la bella Antandra  
pedían con una fuente  
y a la gente que pasaba  
esto cantaban alegres  
«Den para la maya,

que es hermosa y galana».

Pasó Riselo y les dio  
un doblón para alfileres,  
y Fabio para chapines,  
que pies celebraba siempre.

Pasó Balo y no dio nada  
y las pastoras al verle  
tan cobarde en el dativo  
le cantaron de esta suerte:

«Pase, pase al palado,  
que no lleva blanca ni cornado».

Pasó Amor, y aunque desnudo  
llevaba al cuello pendiente  
un carcaj de flechas de oro  
con plumas blancas y verdes.

«Dad para la maya,  
el caballero,  
que más vale honra  
que no el dinero».

Amor entre las pastoras  
flechas de oro repartía;  
pensaba que era moneda  
y a puñados las cogían.

Quedaron enamoradas  
y Venus muerta de risa  
de ver cómo le cantaban  
y a propósito decían:

«Iba a coger miel la colmenera,  
y picole una abeja por que no vuelva».

## BAILE

Por los jardines de Chipre  
andaba el niño Cupido  
entre las flores y rosas  
jugando con otros niños.

La aljaba tiene colgada  
de las ramas de un aliso;  
por jugar con ella el viento  
volaba de amor herido.

Las aves que en él cantaban,  
los enamorados picos  
trocaron, cuando la vieron  
en hacer casados nidos.

### Baile

Íbase el amor  
por entre unos mirtos  
en la verde margen  
de un arroyo limpio.

Los niños en él  
tras los pajarillos  
que de rama en rama  
saltan fugitivos.

En un verde valle  
de álamos ceñido  
vieron dos colmenas  
en un verde sitio.

Los niños temieron  
y Amor, atrevido,



probar de la miel  
codicioso quiso.  
Picole una abeja  
y dando mil gritos  
mostrando la mano  
a su madre dijo:  
«Abejitas me pican, madre;  
¿qué haré, que el dolor es grande?».

Madre, la mi madre,  
picome la abeja  
que no hay miel tan dulce  
que después lo sea  
porque no hay colmena  
que después no amargue:  
«Abejitas me pican, madre;  
¿qué haré, que el dolor es grande?».

Danzar  
Riyéndose Venus  
tomole la mano,  
rompió de su velo  
un listón morado;  
atole la herida  
y dijo al muchacho:  
«Sientes que una abeja  
por tan breve rato  
te pique en un dedo  
costándole tanto  
y no miras, niño,  
del mundo tirano,  
a cuantos has muerto

disparando el arco».

Baile

Desengañese quien ama  
y a hacer pesares se aplica,  
que le han de picar si pica.

Danzar

No penséis, tirano Amor,  
que habéis de picar con celos  
que os darán fuego por yelos  
y desdenes por favor;  
y sepa quien al rigor  
de hacer pesares se aplica  
que le han de picar si pica.

Baile

Desengañese, etc., etc.

Danzar

Luego bajaron de los altos montes  
las ninfas a bailar al verde prado;  
viendo que Amor lloraba de picado  
celebraban con ellas los pastores  
que con celos y amores las adoran  
que amor llorase por quien tantos lloran.

Baile

No temáis del amor el arco  
que el amor anda picado.

Ya no puede Amor  
disparar las flechas,  
que del interés  
le picó una abeja;  
si el aljaba deja

colgada de un árbol,  
no temáis del Amor el arco  
que el Amor anda picado.

\*\*\*\*

## SONETOS

### LA ARCADIA

No queda más lustroso y cristalino  
por altas sierras el arroyo helado  
ni está más negro el ébano labrado  
ni más azul la flor del verde lino;  
más rubio el oro que de Oriente vino  
ni más puro, lascivo y regalado  
espira olor el ámbar estimado  
ni está en la concha el carmesí más fino,  
que frente, cejas, ojos y cabellos,  
aliento y boca de mi ninfa bella,  
angélica figura en vista humana;  
que puesto que ella se parece a ellos  
vivos están allí, muertos sin ella,  
cristal, ébano, lino, oro, ámbar, grana.

\*\*

Esparcido el cabello por la espalda  
que fue del sol desprecio y maravilla,  
Silvia cogía por la verde orilla  
del mar de Cádiz conchas en su falda.  
El agua, entre el hinojo de esmeralda

para que entrase más el curso humilla;  
tejió de mimbre una alta canastilla  
y púsola en su frente por guirnalda.  
Mas cuando ya desamparó la playa,  
«Mal haya, dijo, el agua, que, tan poca,  
con su sal me abrasó pies y vestidos».  
Yo estaba cerca y respondí: «Mal haya  
la sal que tiene tu graciosa boca  
que así tiene abrasados mis sentidos».

\*\*

Silvio a una blanca cordillera suya  
de celos de un pastor tiró el cayado  
con ser la más hermosa del ganado.  
¡Oh amor!, ¿qué no podrá la fuerza tuya?  
Huyó quejosa, que es razón que huya  
habiéndola sin culpa castigado;  
lloró el pastor buscando el monte y prado,  
que es justo que quien debe restituya.  
Hallola una pastora en esta afrenta,  
y al fin, la trajo al dueño, aunque tirano,  
de verle arrepentido enternecida.  
Diole sal el pastor, y ella contenta  
la tomó de la misma injusta mano,  
que un firme amor cualquier agravio olvida.

\*\*

Ya no es Amor el atrevido arquero  
que pinta de mortal saeta armado,  
el dios desnudo y el rapaz vendado  
blando a la vista y a las manos fiero.  
Ya no es alarbe cazador ligero,

ni el hierro tira en áspides bañado,  
ni es Etna ardiente, ni Moncayo helado,  
ni viento de la mar, ni sol de hebrero.  
¡Oh qué blando es Amor, que de una caña  
ha hecho un arco y pasador que tira,  
y la cuerda de un hilo sin sospecha!  
Ya ni los cuerpos ni las almas daña,  
mas juega como niño, burla y mira  
y mata pajarillos con su flecha.

\*\*\*\*

## RIMAS HUMANAS

### I

Versos de amor, conceptos esparcidos  
engendrados del alma en mis cuidados,  
partos de mis sentidos abrasados,  
con más dolor que libertad nacidos;  
expósitos al mundo en que perdidos  
tan rotos anduvistes y trocados,  
que sólo donde fuistes engendrados  
fuérades por la sangre conocidos.  
Pues que le hurtáis el laberinto a Creta,  
a Dédalo los altos pensamientos,  
la furia al mar, las llamas al abismo,  
si aquel áspid hermoso no os aceta,  
dejad la tierra, entretened los vientos,  
descansaréis en vuestro centro mismo.

## II

Cuando imagino de mis breves días  
los muchos que el tirano amor me debe  
y en mi cabello anticipar la nieve  
más que los años las tristezas mías,  
veo que son sus falsas alegrías  
veneno que en el cristal la razón bebe  
por quien el apetito se le atreve  
vestido de mis dulces fantasías.

¿Qué hierbas del olvido ha dado el gusto  
a la razón que sin hacer su oficio  
quiere contra razón satisfacelle?  
Mas consolarse quiere mi disgusto,  
que es el deseo del remedio indicio  
y el remedio de amor querer vencelle.

## IV

Era la alegre víspera del día  
que la que sin igual nació en la tierra  
de la cárcel mortal y humana guerra  
para la patria celestial salía;  
era la edad en que más viva ardía  
la nueva sangre que mi pecho encierra  
cuando el consejo y la razón destierra  
la vanidad que el apetito guía,  
cuando amor me enseñó la vez primera  
de Lucinda en su sol los ojos bellos  
y me abrasó como si rayo fuera.  
Dulce prisión y dulce arder por ellos;  
sin duda que su fuego fue mi esfera,

que con verme morir descanso en ellos.

## VII

Éstos los sauces son y ésta la fuente,  
los montes éstos y ésta la ribera  
donde vi de mi sol la vez primera  
los bellos ojos, la serena frente.  
Éste es el río humilde y la corriente  
y ésta la cuarta y verde primavera  
que esmalta el campo alegre y reverbera  
en el dorado Toro el sol ardiente.  
Árboles, ya nudó su fe constante...  
Mas ¡oh gran desvarío!, que este llano  
entonces monte le dejé sin duda.  
Luego no será justo que me espante,  
que mude parecer el pecho humano,  
pasando el tiempo que los montes muda.

## VIII

De hoy más las crespas sienes de olorosa  
verbena y mirto coronarte puedes,  
juncoso Manzanares, pues excedes  
del Tajo la corriente caudalosa.  
Lucinda en ti bañó su planta hermosa;  
bien es que su dorado nombre heredes  
y que con perlas por arenas quedes  
mereciendo besar su nieve y rosa.  
Y yo envidiar pudiera tu fortuna,  
mas he llorado en ti lágrimas tantas  
(tú buen testigo de mi amargo lloro),

que mezclada en tus aguas pudo alguna  
de Lucinda tocar las tiernas plantas  
y convertirse en tus arenas de oro.

## IX

Tu ribera apacible, ingrato río,  
y las orillas que en tus ondas bañas  
se vuelvan peñas cóncavas y extrañas  
y fuego tu licor sabroso y frío.  
Ábrase un rayo tu frescor sombrío,  
los rojos lirios y las verdes cañas,  
niéguate el agua sierras y montañas  
y sólo te acompañe el llanto mío.  
Hasta la arena que al correr levantas  
se vuelva fieros áspides airados.  
Mas ¡ay, cuán vana maldición esperas!  
Que cuando en ti mi sol bañó sus plantas,  
con ofenderla tú, dejó sagrados  
lirios, orilla, arena, agua y riberas.

## X

Cuando pensé que mi tormento esquivo  
hiciera fin, comienza mi tormento  
y allí donde pensé tener contento  
allí sin él desesperado vivo.  
Donde enviaba por el verde olivo  
me trujo sangre el triste pensamiento;  
los bienes que pensé gozar de asiento  
huyeron más que el aire fugitivo.  
Cuitado yo, que la enemiga mía



ya de tibieza en hielo se deshace,  
ya de mi fuego se consume y arde.  
Yo he de morir y ya se acerca el día,  
que el mal en mi salud su curso hace  
y cuando llega el bien es poco y tarde.

## XII

Así en las olas de la mar feroces,  
Betis, mil siglos tu cristal escondas  
y otra tanta ciudad sobre tus ondas  
de mil navales edificios goces;  
así tus cuevas no interrumpen voces  
ni quillas toquen ni permitan sondas  
y en tu campo tan fértil correspondas  
que rompa el trigo las agudas hoces;  
así en tu arena el indio margen rinda  
y al avariento corazón descubras  
más barras que en ti mira el cielo estrellas,  
que si pusiere en ti sus pies Lucinda  
no por besallos sus estampas cubras,  
que estoy celoso y voy leyendo en ellas.

## XIV

Vierte racimos la gloriosa palma  
y sin amor se pone estéril luto;  
Dafnes se queja en su laurel sin fruto,  
Narciso en blancas hojas se desalma.  
Está la tierra sin la lluvia en calma,  
viles hierbas produce el campo enjuto;  
porque nunca pagó el amor tributo

gime en su piedra de Anaxarte el alma.  
Oro engendra el amor de agua y de arenas;  
    porque las conchas aman el rocío  
    quedan de perlas orientales llenas.  
No desprecies, Lucinda hermosa, el mío,  
    que al trasponer del sol, las azucenas  
pierden el lustre y nuestra edad el brío.

### LXXVIII

#### Al triunfo de Judit

Cuelga sangriento de la cama al suelo  
    el hombro diestro del feroz tirano  
que opuesto al muro de Betulia en vano  
    despidió contra sí rayos al cielo.  
Revuelto con el ansia el rojo velo  
    del pabellón a la siniestra mano,  
descubre el espectáculo inhumano  
del tronco horrible convertido en hielo.  
Vestido Baco, el fuerte arnés afea  
    los vasos y la mesa derribada,  
duermen las guardas que tan mal emplea  
    y sobre la muralla coronada  
del pueblo de Israel, la casta hebrea  
con la cabeza resplandece armada.

### CI

Cayó la torre que en el viento hacían  
    mis altos pensamientos castigados  
    que yacen por el suelo derribados  
cuando con sus extremos competían.

Atrevidos al sol llegar querían  
y morir en sus rayos abrasados,  
de cuya luz contentos y engañados  
como la ciega mariposa ardían.  
¡Oh siempre aborrecido desengaño,  
amado al procurarte, odioso al verte,  
que en lugar de sanar abres la herida!  
Pluguiera a Dios duraras, dulce engaño,  
que si ha de dar un desengaño muerte,  
mejor es un engaño que da vida.

#### CXXVII

Con una risa entre los ojos bellos  
bastante a serenar los accidentes  
de los cuatro elementos diferentes  
cuando muestra el amor del alma en ellos:  
con dulce lengua y labios, que por ellos  
muestra los blancos y menudos dientes,  
con palabras tan graves y prudentes,  
que es gloria oíllas si es descanso vellos;  
con vivo ingenio y tono regalado,  
con clara voz y pocas veces mucha,  
con poco afecto y con serena calma,  
con un descuido en el mayor cuidado  
habla Lucinda... ¡Triste del que escucha,  
pues no le puede responder con alma!

#### CXXXV

Cuando digo a Lucinda que me mata  
y que me hiela y juntamente enciende,

libre responde que mi mal no entiende  
como quien ya de no pagarme trata.  
¡Ay, de mi amor satisfacción ingrata,  
pues lo que un monte, un árbol comprende  
niega Lucinda, que mi mal pretende  
y la esperanza de mi bien dilata!  
Montes que de mi mal testigos fuistes,  
piedras donde lloré, corrientes ríos  
que con mis tiernas lágrimas crecistes,  
decidle mis confusos desvaríos,  
declaradle mi mal, paredes tristes,  
pues alma os dieron los suspiras míos.

#### CLXXV

Deseando estar dentro de vos propia,  
Lucinda, para ver si soy querido,  
miré ese rostro, que del cielo ha sido  
con estrellas y sol natural copia.  
Y conociendo mi bajeza impropia  
vime de luz y resplandor vestido  
en vuestro sol, como Faetón perdido  
cuando abrasó los campos de Etiopía.  
Ya cerca de morir dije: Teneos,  
deseos locos, pues lo fuistes tanto  
siendo tan desiguales los empleos.  
Mas fue el castigo, para más espanto,  
dos contrarios, dos muertes, dos deseos,  
pues muero en fuego y me deshago en llanto.

#### CLXXXVIII

Suelta mi manso, mayoral extraño,  
pues otro tienes de tu igual decoro,  
deja la prenda que en el ama adoro,  
perdida tu bien y por mi daño.  
Ponle su esquila de labrado estaño  
y no le engañen tus collares de oro;  
toma en albricias este blanco toro  
que a las primeras yerbas cumple un año.  
Si pides señas, tiene el vellocino  
pardo, encrespado, y los ojuelos tiene  
como durmiendo en regalado sueño.  
Si piensas que no soy su dueño, Alcino,  
suelta y verasle si a mi choza viene,  
que aún tienen sal las manos de su dueño.

#### CLXXXIX

Querido manso mío que venistes  
por sal mil veces junto aquella roca  
y en mi grosera mano vuestra boca  
y vuestra lengua de clavel pusistes,  
¿por qué montañas ásperas subistes  
que tal selvaticuez el alma os toca?,  
¿qué furia os hizo condición tan loca  
que la memoria y la razón perdistes?  
Paced la anacardina por que os vuelva  
de ese cruel y interesable sueño  
y no bebáis del agua del olvido.  
Aquí está vuestra vega, monte y selva,  
yo soy vuestro pastor y vos mi dueño,  
vos mi ganado y yo vuestro perdido.

## RIMAS SACRAS

### I

Cuando me paro a contemplar mi estado  
y a ver los pasos por donde he venido,  
me espanto de que un hombre tan perdido  
a conocer su error haya llegado.

Cuando miro los años que he pasado  
la divina razón puesta en olvido,  
conozco que piedad del cielo ha sido  
no haberme en tanto mal precipitado.

Entré por laberinto tan extraño  
fiando al débil hilo de la vida  
el tarde conocido desengaño,  
mas de tu luz mi oscuridad vencida,  
el monstruo muerto de mi ciego engaño  
vuelve a la patria, la razón perdida.

### XIV

Pastor que con tus silbos amorosos  
me despertaste del profundo sueño:  
tú, que hiciste cayado de ese leño  
en que tiendes los brazos poderosos,  
vuelve los ojos a mi fe piadosos  
pues te confieso por mi amor y dueño  
y la palabra de seguirte empeño  
tus dulces silbos y tus pies hermosos.  
Oye, pastor, pues por amores mueres,

no te espante el rigor de mis pecados  
pues tan amigo de rendidos eres.  
Espera, pues, y escucha mis cuidados...  
Pero ¿cómo te digo que me esperes  
si estás para esperar los pies clavados?

## XV

¡Cuántas veces, Señor, me habéis llamado,  
y cuántas con vergüenza he respondido,  
desnudo como Adán, aunque vestido  
de las hojas del árbol del pecado!  
Seguí mil veces vuestro pie sagrado,  
fácil de asir, en una Cruz asido,  
y atrás volví otras tantas atrevido,  
al mismo precio que me habéis comprado.  
Besos de paz os di para ofenderos,  
pero si fugitivos de su dueño  
hierran cuando los hallan los esclavos,  
hoy me vuelvo con lágrimas a veros  
clavadme vos a vos en vuestro leño  
y tendreisme seguro con tres clavos.

## XVIII

¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?  
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,  
que a mi puerta, cubierto de rocío,  
pasas las noches del invierno oscuras?  
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras  
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío  
si de mi ingratitud el yelo frío

secó las llagas de tus plantas puras!  
¡Cuántas veces el ángel me decía:  
«¡Alma, asómate agora a la ventana,  
verás con cuánto amor llamar porfía!».  
¡Y cuántas, hermosura soberana:  
«Mañana le abriremos», respondía,  
para lo mismo responder mañana!

## **LA CIRCE, CON OTRAS RIMAS Y PROSAS**

### **I**

Amor con tan honesto pensamiento  
arde en mi pecho y con tan dulce pena,  
que haciendo grave honor de la cadena  
para cantar me sirve de instrumento.  
No al fuego humano, al celestial atento  
en alabanza de Amarilis suena  
con esta voz que el curso al agua enfrena,  
mueve la selva y enamora el viento.

La luz primera del primero día  
luego que el sol nació, toda la encierra,  
círculo ardiente de su lumbre pura,  
y así también cuando tu sol nacía  
todas las hermosuras de la tierra  
remitieron su luz a tu hermosura.

## **IMITACIÓN DE MARCO ANTONIO FLAMINIO**

### **V**



Cuando con puntas de marfil labrado  
animas, labradora, el instrumento,  
cantando en sonoro y limpio acento  
los dulces hurtos del amor al prado,  
ni suena arroyo en éxtasis parado,  
ni entre las hojas se deleita el viento,  
ni por estar a tu dulzura atento  
se escucha voz de pájaro pintado.  
Duerme inocente el lobo, que ha vencido  
el son divino de tu dulce lira,  
y entre el mismo ganado está rendido.  
Pues donde tu suave acento admira  
a quien falta razón, vida y sentido,  
¿qué hará con alma quien por ti suspira?

## **TRIUNFOS DIVINOS**

### **TEMORES EN EL FAVOR**

Cuando en mis manos, rey eterno, os miro,  
y la cándida víctima levanto,  
de mi atrevida indignidad me espanto  
y la piedad de vuestro pecho admiro.  
Tal vez el alma con temor retiro,  
tal vez la doy al amoroso llanto,  
que arrepentido de ofenderos tanto  
con ansias temo y con dolor suspiro.  
Volved los ojos a mirarme humanos  
que por las sendas de mi error siniestras

me despeñaron pensamientos vanos;  
no sean tantas las desdichas nuestras  
que a quien os tuvo en sus indignas manos  
vos le dejéis de las divinas vuestras.

## **EL LAUREL DE APOLO, CON OTRAS RIMAS**

-Boscán, tarde llegamos. -¿Hay posada?

-Llamad desde la posta, Garcilaso.

-¿Quién es? -Dos caballeros del Parnaso.

-No hay donde nocturnar palestra armada.

-No entiendo lo que dice la criada.

Madona, ¿qué decís? -Que afecten paso,

que ostenta limbos el mentido ocaso

y el sol depingen la porción rosada.

-¿Estás en ti, mujer? -Negose al tino  
el ambulante huésped-. ¡Que en tan poco  
tiempo tal lengua entre cristianos haya!

Boscán, perdido habemos el camino,  
preguntad por Castilla, que estoy loco  
o no habemos salido de Vizcaya.

## **LA DOROTEA**

Canta pájaro amante en la enramada  
selva a su amor, que por el verde suelo  
no ha visto el cazador que con desvelo  
le está escuchando, la ballesta armada.

Tírale, yerra, vuela y la turbada

voz en el pico transforma en yelo,  
vuelve y de ramo en ramo acorta el vuelo  
por no alejarse de la prenda amada.  
Desta suerte el amor canta en el nido;  
mas luego que los celos que recela  
le tiran flechas de temor de olvido,  
huye, teme, sospecha, inquiere, cela,  
y hasta que ve que el cazador es ido  
de pensamiento en pensamiento vuela.  
Quejosas, Dorotea, están las flores  
que los colores las habéis hurtado  
y la frígida nieve se ha quejado  
de que mayores son vuestros rigores.  
Quejoso está el amor, que los amores  
se han remitido a vuestro pecho helado  
y el sol, que en vuestros ojos abrasado  
desprecia los laureles vencedores.  
Quejosa está de vos naturaleza  
por vuestra condición áspera y dura,  
que para humana os dio tanta belleza.  
O menos perfección o más blandura,  
que a presumir de vos tanta dureza,  
¿cómo os pudiera dar tanta hermosura?

#### XLIV

A una dama que llamando a su puerta le dijo desde la ventana: «Dios provea»

Señora, aunque soy pobre, no venía  
a pedir os limosna; que buscaba  
un cierto licenciado que posaba  
en estas casas cuando Dios quería.

Extraña siempre fue la estrella mía;  
que a un pobre parecí desde la aldaba,  
pues ya que a la ventana os obligaba,  
trujistes desde allá la fantasía.  
No porque culpa vuestro engaño sea,  
que a tal «Dios le provea» no replican  
mis hábitos, que son de ataracea.  
No mis letras, mis penas significan;  
pero ¿cómo queréis que me provea,  
si tales como vos se lo suplican?

### CLIII

Aconseja a un amigo como cortesano viejo  
Don Juan, no se le dar a un hombre nada  
de cuanto va y viene, es cuerdo efeto;  
que toda la quietud del que es discreto  
en solo este aforismo está fundada.  
¿Qué Gobierno, qué ejército, qué armada  
corre por vuestra cuenta? Lo perfeto  
es el descuido y el tener secreto  
cuanto da pesadumbre y cuanto enfada.  
Nunca os halléis en juntas ni en corrillos,  
que es cuerdo de las bestias el rodeo,  
ni en estas ruedas de amolar cuchillos.  
Haced de la virtud secreto empleo:  
que yo en mi pobre hogar, con dos librillos,  
ni murmuro, ni temo, ni deseo.

\*\*\*\*\*

## SONETOS

Teatro

### BURLAS DE AMOR

Dulce, atrevido pensamiento loco,  
¿adónde te levantas por mi daño?  
Ligeras alas de un gustoso engaño,  
¿adónde me lleváis? Tened un poco.

Divinos ojos, vuestra luz invoco,  
que me despeña un fácil desengaño,  
y en el principio del camino extraño  
la sombra de la muerte piso y toco.

Camina, dulce fin de mis enojos,  
a cuyas bellas manos e inclemencia  
me trujo atado la enemiga suerte,  
vuelve a mi alma tus hermosos ojos,  
y muérame yo allí si en tu presencia  
tiene poder la rigurosa muerte.

### LA CORONA DE HUNGRÍA

Corona, ilustre luz, baña y colora  
de nueva plata el horizonte ufano,  
bajen tus rayos de la cumbre al llano,  
que ya te espera en sus alfombras Flora.

Desciende, sol, a tu querida aurora,  
encrespa, enriza con dorada mano  
la blanca nieve a su cabello cano,  
bebe sus perlas y sus nubes dora.

Aliña el carro de oro, date priesa,  
tú mismo tu presteza desafía  
y por signos y estrellas atraviesa.  
Báñame el alma en gozo y alegría,  
pues ya la noche de mis males cesa  
y de mis bienes amanece el día.

### **LA NIÑA DE PLATA**

Un soneto me manda hacer Violante,  
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;  
catorce versos dicen que es soneto,  
burla burlando van los tres delante.  
Yo pensé que no hallara consonante  
y estoy a la mitad de otro cuarteto,  
mas si me veo en el primer terceto,  
no hay cosa en los cuartetos que me espante.  
Por el primer terceto voy entrando,  
y parece que entré con pie derecho,  
pues fin con este verso le voy dando.  
Ya estoy en el segundo y aun sospecho  
que voy los trece versos acabando;  
contad si son catorce y está hecho.

### **LA DISCRETA VENGANZA**

El humo que formó cuerpo fingido,  
que cuando está más denso para en nada;  
el viento que pasó con fuerza airada

y que no pudo ser en red cogido;  
el polvo en la región desvanecido  
de la primera nube dilatada;  
la sombra que, la forma al cuerpo hurtada,  
dejó de ser, habiéndose partido,  
son las palabras de mujer. Si viene  
cualquiera novedad, tanto le asombra,  
que ni lealtad ni amor ni fe mantiene.  
Mudanza ya, que no mujer, se nombra,  
pues cuando más segura, quien la tiene,  
tiene polvo, humo, nada, viento y sombra.

### **QUERER LA PROPIA DESDICHA**

Celos, que amor en las sospechas cría,  
son de la paz una insufrible ausencia,  
una solicitud y diligencia  
que mueve la turbada fantasía.  
Son una indivisible compañía  
celos y amor, y aun pienso que una esencia,  
pero con esta sola diferencia,  
que celos son la noche, amor el día.  
Forzosos celos son, no son violentos;  
apenas nace amor, cuando los llama,  
nadie puede entender sus movimientos,  
ninguno defenderse de su llama,  
porque si son los celos pensamientos,  
¿quién puede no pensar perder lo que ama?

\*\*\*\*

## LA ARCADIA

### I

Por la florida orilla  
de un claro y manso río  
de salvia y de verbena coronado,  
al tiempo que se humilla  
al planeta más frío  
con templado calor el sol dorado,  
libre, solo y armado  
de acero, olvido y nieve,  
pasaba peregrino,  
ya fuera del camino  
del juvenil ardor que el pecho mueve,  
cuando al salir Apolo  
un niño vi venir, desnudo y solo.  
Rubio el cabello de oro  
con una cinta preso  
que los hermosos ojos le cubría,  
y como alarbe o moro  
de innumerable peso  
un carcax que del cuello le pendía;  
y como quien vivía  
de saltar los hombres,  
un arco puesto a punto;  
mas cuando le pregunto  
que me diga sus títulos y nombres,  
respóndeme arrogante,



niño en la vista y en la voz gigante:

-Yo soy aquél que suelo

con apacible guerra,

con alegre dolor y dulces males,

desde el supremo cielo

hasta la baja tierra

herir los dioses, hombres y animales.

Transformaciones tales

jamás Circe las supo,

porque un hechizo formo

con que mudo y transformo

cualquiera ser que de mi fuego ocupo,

y al alma que condeno

la hago yo vivir en cuerpo ajeno.

Fácil tengo la entrada,

difícil la salida,

ablándame el desprecio y cansa el ruego,

ni hay alma tan helada

o en piedra convertida

que no enterezca mi amoroso fuego.

Por eso, rinde luego

las armas arrogantes

de que vas victorioso,

que el rayo más furioso

se temple con miles flechas penetrantes,

y lloran mis agravios

igualmente los fuertes y los sabios.

Yo respondile entonces:

-Mal me conoces, niño;

mira que soy un capitán valiente

que en mármoles y bronce,  
con ésta que me ciño,  
hago escribir mis hechos a la gente.  
¿Cómo tu fuego ardiente  
o tus blandos suspiros  
pueden temer los brazos  
volar tanto escuadrón, entre los tiros  
que han visto en mil pedazos  
de la pólvora fiera,  
que vence el fuego de su misma esfera?

Yo al duro, helado invierno  
y al verano abrasado,  
de iguales armas y valor vestido,  
llevando a mi Gobierno  
el escuadrón formado,  
tanta varia nación he combatido,  
que tengo convertido  
en duro acero el pecho;  
por eso en paz te torna,  
que mi espada no adorna  
las puertas de tu templo sin provecho,  
ni pueden tales ojos  
humillarse a tus lágrimas y enojos.

Así le replicaba  
cuando de entre unas hiedras  
una hermosura celestial salía,  
que no lo que miraba,  
pero las mismas piedras  
en ceniza amorosa convertía.

Amor, que ya me vía

con pensamientos vanos  
apercibir defensa,  
a la primera ofensa  
me derribó la espada de las manos,  
y en viéndome tan ciego  
lloré, rendime y abraseme luego.  
En esto al verde llano  
un carro victorioso  
dos tigres ya domésticos trajeron;  
así el amor la mano  
de aquel rostro amoroso  
y juntos a su trono se subieron,  
y los que allí me vieron,  
entre sus pies me ataron,  
y al fin sus ruedas fieras  
mis armas y banderas  
por despojos vencidos adornaron,  
llevándome cautivo  
adonde agora lloro, muero y vivo.  
Más todo vencimiento es más victoria,  
y aquesta pena gloria,  
con sólo que me mire Isbella un día  
y entre sus ojos arda el alma mía.

## II

En una playa amena  
a quien el Turia perlas ofrecía  
de su menuda arena,  
y el mar de España de cristal cubría,  
Belisa estaba a solas,

llorando al son del agua y de las olas.

«Fiero, cruel esposo»,

-los ojos hechos fuentes repetía;

y el mar, como envidioso,

a tierra por las lágrimas salía,

y alegre de cogerlas,

las guarda en conchas y convierte en perlas-.

«Traidor, que estás agora

en otros brazos, y a la muerte dejas

el alma que te adora,

y das al viento lágrimas y quejas:

si por aquí volvieres,

verás que soy ejemplo de mujeres.

Que en esta mar furiosa

hallaré de mi fuego la templanza,

ofreciendo animosa

al agua el cuerpo, al viento la esperanza,

que no tendrá sosiego

menos que en tantas aguas tanto fuego.

¡Ay tigre! Si estuvieras

en este pecho, donde estar solías,

muriendo yo murieras,

mas prendas tengo en las entrañas mías

en que verás que mato

a falta de tu vida tu retrato».

Ya se arrojaba, cuando

salió un delfín con un bramido fuerte,

y ella, en verle temblando,

volvió la espalda al rostro y a la muerte,

diciendo: «Si es tan fea,

yo viva y muera quien mi mal desea».

### III

¡Oh libertad preciosa,  
no comparada al oro  
ni al bien mayor de la espaciosa tierra;  
más rica y más gozosa  
que el precioso tesoro  
que el mar del sur entre su nácar cierra!  
Con armas, sangre y guerra,  
con las vidas y famas  
conquistada en el mundo;  
paz dulce, amor profundo,  
que el mal apartas y a tu bien nos llamas:  
en ti sola se anida  
oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.  
Cuando de las humanas  
tinieblas, vi del cielo  
la luz, principio de mis dulces días,  
aquellas tres hermanas  
que nuestro humano velo  
tejiendo llevan por inciertas vías,  
las duras penas mías  
trocaron en la gloria  
que en libertad poseo,  
con siempre igual deseo,  
donde verá por mi dichosa historia  
quien más leyere en ella,  
que es dulce libertad lo menos della.  
Yo, pues, señor exento

desta montaña y prado,  
gozo la gloria y libertad que tengo;  
soberbio pensamiento  
jamás ha derribado  
la vida humilde y pobre que entretengo.

Cuando a las manos vengo  
con el muchacho ciego,  
haciendo rostro embisto,  
venzo, triunfo y resisto  
la flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,  
y con libre albedrío  
lloro el ajeno mal y canto el mío.

Cuando el aurora baña  
con helado rocío  
de aljófar celestial el monte y prado,  
salgo de mi cabaña,  
riberas deste río,  
a dar el nuevo pasto a mi ganado;  
y cuando el sol dorado  
muestra sus fuerzas graves,  
al sueño el pecho inclino  
debajo un sauce o pino,  
oyendo el son de las parleras aves,  
o ya gozando al aura,  
donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche fría  
con su estrellado manto  
el claro día en su tiniebla encierra,  
y suena en la espesura  
el tenebroso canto

de los nocturnos hijos de la tierra,  
al pie de aquesta sierra  
con rústicas palabras  
mi ganadillo cuento,  
y el corazón contento  
del gobierno de ovejas y de cabras,  
la temerosa cuenta  
del cuidadoso rey me representa.  
Aquí la verde pera  
con la manzana hermosa,  
de gualda y roja sangre matizada,  
y de color de cera  
la cermeña olorosa  
tengo, y la endrina de color morada;  
aquí de la enramada  
parra que al olmo enlaza  
melosas uvas cojo,  
y en cantidad recojo,  
al tiempo que las ramas desenlaza  
el caluroso estío,  
membrillos que coronan este río.  
No me da descontento  
el hábito costoso  
que de lascivo el pecho noble infama:  
es mi dulce sustento  
del campo generoso  
estas silvestres frutas que derrama.  
Mi regalada cama  
de blandas pieles y hojas,  
que algún rey la envidiara,

y de ti, fuente clara,  
que bullendo el arena y agua arrojas,  
estos cristales puros,  
sustentos pobres, pero bien seguros.

Estese el cortesano  
procurando a su gusto  
la blanda cama y el mejor sustento;  
bese la ingrata mano  
del poderoso injusto,  
formando torres de esperanza al viento;

viva y muera sediento  
por el honroso oficio,  
y goce yo del suelo,  
al aire, al sol y al hielo  
ocupado en mi rústico ejercicio,  
que más vale pobreza  
en paz que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso  
ni al rico linsojeo,  
ni soy camaleón del que gobierna:  
ni me tiene envidioso  
la ambición y deseo  
de ajena gloria ni de fama eterna.

Carne sabrosa y tierna,  
vino aromatizado,  
pan blanco de aquel día,  
en prado, en fuente fría,  
halla un pastor con hambre fatigado;  
que el grande y el pequeño  
somos iguales lo que dura el sueño.



#### IV

Sola esta vez quisiera,  
dulce instrumento mío, me ayudarás,  
por ser ya la postrera,  
y que después colgado te quedarás  
de aqueste sauce verde,  
donde mi alma llora el bien que pierde.

Mas pues que de ti siento  
que estás con mis desdichas acordado,  
suene tu ronco acento  
en mis amargas quejas destemplado;  
celebre mi partida  
cual cisne al despedirse de la vida.

Destas verdes riberas  
que el rico Tajo con sus aguas baña,  
parto a ver las postreras,  
que vierten las que bebe el mar de España,  
si primero que allego  
entre las de mis ojos no me anego.

Ya quedarán vengados  
mis fieros, envidiosos enemigos,  
y del todo olvidados  
de mis puras entrañas mis amigos;  
libre de toda guerra,  
sepultará mi cuerpo ajena tierra.

Temo que muerto quede  
antes que parta si lo siento tanto,  
que, en fin, acabar puede  
más que el ajeno mal el propio llanto,

que las armas ajenas  
no matan tanto como propias penas.  
Dulce señora mía,  
ya de nuestro llorado apartamiento  
llegó el amargo día;  
las velas y esperanzas doy al viento;  
de vos me aparto y quedo,  
si con dejar el alma partir puedo.  
¡Ay dulce y cara España,  
madrastra de tus hijos verdaderos,  
y con piedad extraña  
piadosa madre y huésped de extranjeros!  
Envidia en ti me mata,  
que toda patria suele ser ingrata.  
Pero porque es mi gloria  
vengar mis enemigos con mi ausencia,  
tendré por más victoria  
igualar con su envidia mi paciencia,  
que no sufrir la furia  
del que a sí no se ve y al otro injuria.  
Del español robusto  
se ríe el alemán, y el rubio franco  
del etíope adusto;  
mas si se mira bien, ¿quién hay tan blanco  
que alguna cosa fea  
o pasada o presente en sí no vea?  
Dichoso el que ha nacido  
lleno de faltas y desgracias fieras,  
ni de la fama ha sido  
llevado por naciones extranjeras,

que a quien la envidia deja,  
de amigo ni enemigo tiene queja.

Los mismos de quien hice  
mayores confianzas me vendieron,  
porque me satisfice  
de aquella falsedad con que vinieron  
sólo a saber mi intento,  
para regir por él su pensamiento.

¡Con qué pena importuna  
trata su tierra al hombre que en la ajena,  
buscando su fortuna,  
se ofrece a tanto mal, peligro y pena!

¡Qué duras sinrazones  
le llevan a tratar otras naciones!  
Que como el viento airado  
suele arrojar el pájaro del nido,  
o del granizo helado  
suele ser derribado y combatido,  
así del patrio suelo  
me arrojan iras del contrario cielo.

Y como el lobo fiero  
saca de la manada el corderillo  
que vino a dar primero  
a sus crueles dientes que al cuchillo,  
así la envidia fiera  
me ha querido matar antes que muera.

El enemigo cierto,  
puesto que ofenda, ofende declarado,  
y el daño descubierto  
o se sufre mejor o es remediado;

de mano del amigo  
es en los hombres el mayor castigo.  
¡Ay destierros injustos,  
que en la mañana hermosa de mis años  
anohecéis mis gustos!  
Mas puede ser que viva en los extraños,  
que lo que desestima  
la tierra propia, la extranjera estima.  
Yo parto a ser ejemplo  
de vanas esperanzas y favores,  
porque ya me contemplo  
fuera de sus envidias y temores,  
donde acabe mi vida  
pobre, envidiada, triste y perseguida.

## V

Cuando sale el alba hermosa  
coronada de violetas,  
crece el crepúsculo al día  
por contemplar tu belleza;  
la luz de la tuya envidia,  
que el norte a tus ojos llevas,  
adonde es para los míos  
acaso tu larga ausencia.  
No hay planeta que contigo  
indignado el rostro tenga,  
ni resplandor que se iguale  
de las tuyas a tu esfera.  
Las nubes del occidente  
menos bordadas se muestran,

el cielo cuando te mira  
de que te formó se alegra.

El sol a Júpiter dice  
que eres el sol de la tierra  
y que aumentas con tus ojos  
las minas de su riqueza.

La luna de ti celosa,  
que te da más luz se queja;  
hasta las estrellas grandes,  
que parecen más pequeñas.

Alba, crepúsculo, día,  
luz, norte, ocaso, planetas,  
resplandor, esferas, nubes,  
cielo, sol, luna y estrellas:  
unas se alegran y otras se querellan,  
que adonde sales tú se esconden ellas.

Los blandos jazmines miro  
que con tu frente se afrentan:  
las rosas con tus mejillas  
hace Venus que se atrevan;  
con tus labios los claveles  
más se encienden de vergüenza,  
que el alhelí, jaspeado  
de blanco y rojo, desprecian.

¿Cuál azucena se iguala  
a tu cuello y manos bellas?,  
¿qué junquillo y mirasol  
a tu esparcida madeja?,  
¿qué azâr a tu aliento manso,  
qué lirio a tus limpias venas,

qué mosquetas a tus pechos,  
donde la nieve se engendra?  
Jazmines, rosas, claveles,  
    alhelíes, azucenas,  
    junquillos y mirasoles,  
    azahar, lirios, mosquetas,  
ninguna se compara, ninfa bella,  
a tu hermosura y celestial belleza.

Esmeraldas son tus ojos  
    y topacios tu cabeza,  
    donde el oro que se cría  
    nace adonde tú te peinas;  
plata bruñida es tu cuerpo,  
o el cristal que el viento hiela;  
    de la piedra girasol  
    tu vista hurtó la belleza.

    Amatistes y zafiros  
    ser esmeraldas quisieran  
    para tener con tus ojos  
sobre el color competencia.

El coral, verde en el agua,  
    muere porque tú le veas,  
    que hará en el agua tu boca  
lo que hace el sol en la tierra;  
que como él engendra el oro,  
    color puede engendrar ella,  
    y dar en su nácar mismo  
blancura y lustre a las perlas.

    Esmeraldas y topacios,  
oro, plata, cristal, piedras,

girasoles, amatistes,  
zafiros, coral y perlas,  
donde asiste, señora, tu belleza,  
tú tienes el valor, y ellos son piedras.

¡Ay, si mereciese un alma  
tan grande como contemplas,  
que todo este cuerpo ocupa  
por no ofrecerla pequeña,  
que te dignases de amar  
un hombre de tantas prendas,  
¿qué te daría, Crisalda,  
de regalos y riquezas?

Perdices te ofrecería,  
vivas en la misma percha,  
con el pico y los pies rojos  
que estampan en el arena;  
las calandrias que madrugan,  
las mirlas, a quien enseña  
naturaleza a cazar  
las hormigas con la lengua;  
el gavián pardo y libre,  
la filomena parlera,  
que el verano alegre anuncia  
a las fuentes destas selvas;  
el águila bajaría,  
cuando es pollo, destas peñas;  
la tórtola enamorada,  
que con arrullos se besa;  
la grulla, muerta en las viñas,  
no de noche, cuando vela,

que no soy el monte Tauro  
para pasarme con piedras;  
los ánades, de oro y verde  
bordadas las plumas nuevas  
del cuello, y del azul las alas,  
que bien nadan y mal vuelan;  
los pavos, donde los ojos  
de Argos sirvieron de rueda,  
y con las cercetas pardas  
cuantas el aire sustenta.  
Perdices, calandrias, mirlas,  
gavilanes, filomenas,  
águilas, tórtolas, grullas,  
ánades, pavos, cercetas,  
para poderte regalar trujera  
de nidos, montes, árboles y peñas.  
Las guindas rojas, maduras,  
los madroños de las sierras  
donde el erizo en sus puntas  
los ensarta como cuentas;  
la castaña, armada en balde,  
los membrillos de las vegas,  
que al miedo el color hurtaron  
y la forma a las camuesas;  
las uvas verdes y azules,  
blancas, rojas, tintas, negras,  
pendientes de los sarmientos  
los racimos y hojas secas;  
del almendro flor y fruto,  
que uno sabe y otro alegra,



la endrina, con la flor cana,  
y la olorosa cermeña;  
las nueces, secas y verdes,  
que por que esas manos bellas  
no se tiñan de limpiallas,  
te dieran sus blancas piernas;  
la pera, el níspero duro,  
que se madura en la yerba,  
la serba, roja en el árbol  
y parda cuando aprovecha:  
guindas, madroños, castañas,  
membrillos, uvas, almendras,  
endrinas, cermeñas, nueces,  
peras, nísperos y serbas  
al tiempo que madrugan te trujera  
de incultos montes y labradas huertas.

La liebre cobarde viva  
cuando olvidada se acuesta,  
el conejo bullicioso  
que se espanta de las yerbas;  
el cabritillo manchado,  
el oso con la colmena,  
el gamo en la brama herido,  
los corzos con las saetas,  
las ciercas dentro del agua  
cuando su ponzoña llevan;  
el jabalí colmilludo,  
de quien Venus se lamenta;  
el toro que no ha sentido  
a qué parte el yugo aprieta,

porque no corte Alejandro  
las dos conyundas revueltas;  
el tigre, lleno de manchas  
que algún caballo desea,  
el espín, lleno de rayos,  
imagen de la soberbia;  
la cabra montés, que vista  
desde los pies de una sierra,  
parece que de las ramas  
como fruto asida cuelga:  
liebres, conejos, cabritos,  
osos, gamos, corzos, ciervas,  
jabalíes, toros, tigres,  
espines, cabras montesas  
para comer y para ver te diera  
destas montañas y de aquellas selvas.

Cuando quisieras pescados,  
con redaya, plomo y cerdas,  
mares, lagunas y ríos  
me dieran sabrosa pesca:  
la verde rana que canta,  
de que comieras la media,  
porque se dice que tienen  
gusto de mujeres feas;  
el pez de escamas de plata;  
el camarón, lleno de hebras;  
la langosta, que cocida  
tiene de coral las piezas;  
la trucha, lisa y pintada;  
la murena, verde y negra;

la concha, que con la luna  
abre y cierra, crece y mengua;  
el cangrejo, torpe y feo;  
el zafío, como oreja;  
el delfín, músico y dulce,  
astrólogo en las tormentas;  
las focas, con quien Teseo  
mató a Hipólito por Fedra,  
y hasta las ballenas grandes,  
que el ámbar precioso engendran.

Ranas, peces, camarones,  
langostas, truchas, murenas,  
conchas, cangrejos, zafíos,  
delfines, focas, ballenas,  
y cuanto el mar, el aire, el suelo encierra,  
si me quieres ofrezco a tu belleza.

## VI

La verde primavera  
de mis floridos años  
pasé cautivo, amor, en tus prisiones,  
y en la cadena fiera,  
cantando mis engaños,  
lloré con mi razón tus sinrazones,  
amargas confusiones  
del tiempo que has tenido  
ciega mi alma y loco mi sentido.  
Mas ya que el fiero yugo  
que mi cerviz domaba  
desata el desengaño con tu afrenta,

y al mismo sol enjugo  
que un tiempo me abrasaba  
la ropa que saqué de la tormenta,  
con voz libre y exenta  
al desengaño santo  
consagro altares y alabanzas canto.  
Cuanto contento encierra  
contar su herida el sano  
y en la patria su cárcel el cautivo  
entre la paz y guerra,  
y el libre del tirano,  
tanto en cantar mi libertad recibo,  
¡oh mar, oh fuego vivo,  
que fuiste al alma mía  
herida, cárcel, guerra y tiranía!  
Quédate, falso amigo,  
para engañar a aquéllos  
que siempre están contentos y quejosos,  
que desde aquí maldigo  
los mismos ojos bellos  
y aquellos lazos dulces y amorosos  
que un tiempo tan hermosos  
tuvieron, aunque injusto,  
asida el alma y engañado el gusto.  
Quede por las cortezas  
de aquestos verdes árboles,  
ingrata fiera, con mi fe tu nombre;  
imprima en las durezas  
de aquestos blancos mármoles  
mi ejemplo amor, que a todo el mundo asombre,

y sépase que un hombre  
tan ciego y tan perdido  
su vida escribe y llora arrepentido.

\*\*\*\*

## **RIMAS HUMANAS**

### **ELISIO**

-Luz que alumbras el sol, Lucinda hermosa,  
que aun no te precias de volver los ojos  
al alma que llamabas dueño suyo:  
si vives, porque vivo, desdeñosa,  
acaba con mi vida tus enojos,  
pues no has de hallar defensa en lo que es tuyo.  
El cuello es éste, no dirás que huyo;  
desnudo de mi propia resistencia  
le ofrezco a tu inclemencia-.

Así lloraba Elisio al pie de un monte  
cuando nuestro horizonte  
el primero crepúsculo doraba,  
por quien la noche fría,  
que la luz de sus rayos respetaba,  
huyendo a los antípodas volvía.

Puestos los ojos en las bellas lumbres  
con lástima de sí prosigue el llanto,  
diciendo: -¡Oh sol, que con tus rayos bellos  
bañas las verdes, elevadas cumbres  
destos rígidos montes, cuyo manto

de blanca nieve se regala en ellos!  
La noche, con sus húmedos cabellos,  
mis lágrimas creció, mi amada pena,  
de negras sombras llena,  
y en tu presencia tuvo confianza  
de verme en la bonanza  
que tu divina luz me prometía,  
mas mi dolor renuevo  
viendo que sale el día  
y que comienzo a padecer de nuevo.  
Porque si pienso en la mortal tristeza  
que tuve y tengo y que el dolor dilata,  
iguales son o la presente crece;  
hallo que va creciendo mi firmeza,  
hiedra de tu rigor, Lucinda ingrata,  
y que quien a la noche me aborrece  
con mayores desdenes amanece.  
¡Oh escura noche, de temor vestida!  
Pues ¿cómo?, ¿que en mi vida  
un solo día de placer no haya?  
¿Que venga el sol y vaya  
por este nuestro y el opuesto polo  
y no me toque a mí su lumbre pura?  
¡Oh peregrino solo  
de amor ciego, del alma noche escura!  
Ya las aves en rama o nido enrizan  
las blandas plumas en ciudad o en selva  
y los rayos del sol resplandecientes  
con acordados picos solemnizan,  
dándole gracias de que a verlas vuelva,

a cuya imitación las claras fuentes  
entonan el cristal de sus corrientes;  
las hojas con el viento se requiebran  
y el resplandor celebran  
que el aire esclareció del negro velo.

Yo triste, en este suelo  
tendido, sin saber si parte o sale,  
de todo bien me privo;  
ninguna luz me vale,  
siempre en tinieblas y en tormento vivo.

Verase Apolo en mi cenit ardiendo,  
descansarán las aves, defendidas  
de su rigor en árboles hojosos;  
mis cabras pacerán, Ladon durmiendo,  
por los floridos campos esparcidas  
las malvas y tomillos olorosos,  
y sobre los hijuelos bulliciosos  
con anchas alas y soberbio cuello,  
picando el tierno vello,  
asistirá la tórtola casada;

la cierva enamorada  
vendrá a bañarse en este arroyo manso;  
yo sólo entonces, de mi error vencido,  
viviré sin descanso,

llorando celos y temiendo olvido.  
Vendrá la noche y engastando el cielo  
diamantes en su cóncavo sutiles,  
tranquilo cubrirá toda la tierra;  
los animales por el verde suelo  
seguros dormirán, y a los rediles

voraz el lobo hará su oculta guerra;  
bajarán los ganados de la sierra,  
y tras el tardo buey, con paso lento,  
del campo al heno atento,  
el labrador se volverá a su aldea,  
que de lejos humea  
con la rústica cena deseada,  
y verase, colgada de su filo,  
callar la noche helada  
y que no muda mi dolor estilo.

No hay tiempo para mí, faltome el tiempo;  
ya son del mar las olas mis cuidados,  
la que se acaba crece en la que viene.  
Mi frágil esperanza llega a tiempo,  
que con pasos enfermos y cansados  
huyendo de la muerte se entretiene,  
mas poca resistencia le conviene,  
que al fin la alcanzará con la sospecha  
y a sus manos deshecha  
quien puede asegurar mi corta vida.

Dulcísima homicida,  
no mates con desdenes mi esperanza;  
antes la vida muera,  
que el bien que no se alcanza  
al fin es bien mientras gozar se espera-  
Dijo, y volviendo la cabeza al soto  
vio las traviesas, esparcidas cabras  
huir aquí y allí como sin dueño;  
interrumpió su voz el alboroto,  
quedaron indecisas las palabras;



tendió los brazos y arrugando el ceño,  
como el que despertó de largo sueño  
puso piedra en la honda, cuyo giro  
así despide el tiro,  
que volvieron volando al valle ameno,  
haciendo como el trueno,  
que el aire rompe y resonando queda,  
bramar la fuerte seda;  
las aves se espantaron, y en lo hueco  
del valle resonó doblado el eco.

## **EL PEREGRINO EN SU PATRIA**

### IV

Serrana hermosa, que de nieve helada  
fueras, como en color, en el efeto,  
si amor no hallara en tu rigor posada;  
del sol y de mi vista claro objeto,  
centro del alma que a tu gloria aspira  
y de mi verso altísimo sujeto;  
alba dichosa en que mi noche espira,  
divino basilisco, lince hermoso,  
nube de amor, por quien sus rayos tira;  
salteadora gentil, monstruo amoroso,  
salamandra de nieve y no de fuego,  
para que viva con mayor reposo:  
hoy que a estos montes y a la muerte llego,  
donde vine sin ti, sin alma y vida,  
te escribo de llorar cansado y ciego.

Pero dirás que es pena merecida  
de quien pudo sufrir mirar tus ojos  
con lágrimas de amor en la partida.  
Advierte que eres alma en los despojos  
de esta parte mortal, que a ser la mía,  
faltara en tantas lágrimas y enojos;  
que no viviera quien de ti partía,  
ni ausente, ahora, a no esforzarle tanto  
las esperanzas de un alegre día.  
Aquella noche en su mayor espanto  
consideré la pena del perderte,  
la dura soledad creciendo el llanto,  
y llamando mil veces a la muerte,  
otras tantas miré que me quitaba  
la dulce gloria de volver a verte.  
A la ciudad famosa que dejaba  
la cabeza volví, que desde lejos  
sus muros con sus fuegos me enseñaba,  
y dándome en los ojos los reflejos,  
gran tiempo hacia la parte en que vivías  
los tuvo amor suspensos y perplejos;  
y como imaginaba que tendrías  
de lágrimas los bellos ojos llenos,  
pensándolas juntar crecí las mías,  
mas como los amigos, desto ajenos,  
reparasen en ver que me paraba,  
en el mayor dolor fue el llanto menos.  
Ya, pues, que el alma y la ciudad dejaba  
y no se oía del famoso río  
el claro son con que sus muros lava.

«Adiós, dije mil veces, dueño mío,  
hasta que a verme en tu ribera vuelva,  
de quien tan ternamente me desvío.  
No suele el ruiseñor en verde selva  
llorar el nido, de uno en otro ramo  
de florido arrayán y madreselva,  
con más doliente voz que yo te llamo,  
ausente de mis dulces pajarillos,  
por quien en llanto el corazón derramo,  
ni brama, si le quitan sus novillos,  
con más dolor la vaca, atravesando  
los campos de agostados amarillos;  
ni con arrullo más lloroso y blando  
la tórtola se queja, prenda mía,  
que yo me estoy de mi dolor quejando.

Lucinda, sin tu dulce compañía  
y sin las prendas de tu hermoso pecho,  
todo es llorar desde la noche al día,  
que con sólo pensar que está deshecho  
mi nido ausente, me atraviesa el alma,  
dando mil nudos a mi cuello estrecho;  
que con dolor de que le dejo en calma  
y el fruto de mi amor goza otro dueño,  
parece que he sembrado ingrata palma».

Llegué, Lucinda, al fin, sin verme el sueño  
en tres veces que el sol me vio tan triste,  
a la aspereza de un lugar pequeño  
a quien de murtas y peñascos viste  
Sierra Morena, que se pone en medio  
del dichoso lugar en que naciste.

Allí me pareció que sin remedio  
llegaba el fin de mi mortal camino,  
habiendo apenas caminado el medio,  
y cuando ya mi pensamiento vino,  
dejando atrás la sierra, a imaginarte,  
creció con el dolor el desatino;  
que con pensar que estás de la otra parte,  
me pareció que me quitó la sierra  
la dulce gloria de poder mirarte.  
Bajé a los llanos desta humilde tierra  
adonde me prendiste y cautivaste  
y yo fui esclavo de tu dulce guerra.  
No estaba el Tajo con el verde engaste  
de su florida margen cual solía  
cuando con esos pies su orilla honraste,  
ni el agua clara a su pesar subía  
por las sonoras ruedas, ni bajaba  
y en pedazos de plata se rompía,  
ni Filomena su dolor contaba,  
ni se enlazaba parra con espino,  
ni yedra por los árboles trepaba,  
ni pastor extranjero ni vecino  
se coronaba del laurel ingrato,  
que algunos tienen por laurel divino.  
Era su valle imagen y retrato  
del lugar que la corte desampara  
del alma de su espléndido aparato.  
Yo, como aquél que a contemplar se para  
ruinas tristes de pasadas glorias,  
en agua de dolor bañé mi cara.

De tropel acudieron las memorias,  
los asientos, los gustos, los favores,  
que a veces los lugares son historias,  
y en más de dos que yo te dije amores  
parece que escuchaba tus respuestas  
y que estaban allí las mismas flores.  
Mas como en desventuras manifiestas  
suele ser tan costoso el desengaño  
y sus veloces alas son tan prestas,  
vencido de la fuerza de mi daño  
caí desde (mí) mismo medio muerto  
y conmigo también mi dulce engaño.  
Teniendo, pues, mi duro fin por cierto  
las ninfas de las aguas, los pastores  
del soto y los vaqueros del desierto,  
cubriéndome de yerbas y de flores  
me lloraban diciendo: «Aquí fenece  
el hombre que mejor trató de amores,  
y puesto que Lucinda le merece,  
que su vida consiste en su presencia  
él también con su muerte la engrandece».  
Entonces yo, que haciendo resistencia  
estaba con tu luz al dolor mío,  
abrí los ojos que cerró tu ausencia;  
luego, desamparando el valle frío  
las ninfas bellas, con sus rubias frentes  
rompieron el cristal del manso río  
y en círculos de vidrio transparentes  
las divididas aguas resonaron  
y en las peñas los ecos diferentes.

Los pastores también desampararon  
el muerto vivo y en la tibia arena  
por sombra de quien era me dejaron.  
Yo solo, acompañado de mi pena,  
volvite al alma, del dolor quejoso  
que de pensar en ti la tuvo ajena.  
Así ha llegado aquel pastor dichoso,  
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,  
del Betis rico al Tajo caudaloso,  
éste que miras es retrato suyo,  
que así el esclavo que llorando pierdes  
a tus divinos ojos restituyo.

O ya me olvides o de mí te acuerdes,  
si te olvidare mientras tengo vida,  
marchite amar mis esperanzas verdes;  
cosa que al cielo por mi bien le pida  
jamás me cumpla, si otra cosa fuere  
de aquestos ojos donde estás, querida.

En tanto que mi espíritu rigiere  
el cuerpo que tus brazos estimaron,  
nadie los míos ocupar espere;  
la memoria que en ellos me dejaron  
es alcaide de aquella fortaleza  
que tus hermosos ojos conquistaron.

Tú conoces, Lucinda, mi firmeza  
y que es de acero el pensamiento mío  
con las pastoras de mayor belleza.

Ya sabes el rigor de mi desvío  
con Flora, que te tuvo tan celosa,  
a cuyo fuego respondí con frío.

Pues bien; conoces tú que es Flora hermosa,  
y que con serlo sin remedio vive,  
envidiosa de ti, de mí quejosa;  
bien sabes que habla bien, que bien escribe,  
y que me solicita y me regala  
por más desprecios que de mí recibe.  
Mas yo, que de tu pie, donaire y gala  
estimo más la cinta que desecha  
que todo el oro con que a Crespo iguala,  
sólo estimo tenerte sin sospecha,  
que no ha nacido agora quien desate  
de tanto amor lazada tan estrecha.  
Cuando de yerbas de Tesalia trate  
y discurriendo el monte de la luna  
los espíritus ínfimos maltrate,  
no hay fuerza en yerba ni en palabra alguna  
contra mi voluntad que hizo el cielo,  
libre en adversa y próspera fortuna.  
Tú sola mereciste mi desvelo,  
y yo también, después de larga historia  
con mi fuego de amor vencer tu yelo.  
Viva con esto alegre tu memoria,  
que, como amar con celos es infierno,  
amar sin ellos es descanso y gloria,  
que yo, sin atender a mi gobierno,  
no he de apartarme de adorarte ausente  
si de ti lo estuviese un siglo eterno.  
El sol mil veces discurriendo cuenta  
del cielo los dorados paralelos  
y de su blanca hermana el rostro aumente,

que los diamantes de sus puros velos,  
que viven fijos en su otava esfera,  
no han de igualarme aunque me maten celos.

No habrá cosa jamás en la ribera  
en que no te contemplan estos ojos  
mientras ausente de los tuyos muera;  
en el jazmín tus cándidos despojos,  
en la rosa encarnada tus mejillas,  
tu bella boca en los claveles rojos,  
tu olor en las retamas amarillas  
y en maravillas que mis cabras pacen  
contemplaré también tus maravillas:  
y cuando aquellos arroyuelos que hacen,  
templados, a mis quejas consonancia,  
desde la sierra donde juntos nacen,  
dejando el sol la furia y arrogancia  
de dos tan encendidos animales,  
volviera el año a su primera estancia,  
a pesar de sus fuentes naturales,  
del yelo arrebatadas sus corrientes,  
cuelguen por estas peñas sus cristales,  
contemplaré tus concertados dientes  
y a veces, en carámbanos mayores,  
los dedos de tus manos transparentes.

Tu voz me acordarán los ruisseños  
y destas yedras y olmos los abrazos,  
nuestros hermafroditicos amores.

Aquestos nidos de diversos lazos,  
donde agora se besan dos palomas,  
por ver mis prendas burlarán mis brazos.



Tú, si mejor tus pensamientos domas,  
en tanto que yo quedo sin sentido,  
dime el remedio de vivir que tomas,  
que aunque todas las aguas del olvido  
bebiese yo, por imposible tengo  
que me escapase de tu lazo asido,  
donde la vida a más dolor prevengo.  
¡Triste de aquél que por estrellas ama,  
si no soy yo, porque a tus manos vengo!  
Donde si espero de mis versos fama,  
a ti lo debo, que tú sola puedes  
dar a mi frente de laurel la rama  
donde muriendo vencedora quedas.

## **LOS PASTORES DE BELÉN**

### I

Nace al alba María  
y el sol con ella,  
desterrando la noche  
de nuestras penas.  
Nace el alba clara,  
la noche pisa;  
del cielo la risa  
su paz declara;  
el tiempo se para  
por sólo vella,  
desterrando la noche  
de nuestras penas.

Para ser señora  
del cielo, levanta  
esta niña santa  
su luz como aurora;  
él canta, ella llora  
divinas perlas,  
desterrando la noche  
de nuestras penas.  
Aquella luz pura  
del sol procede,  
porque cuanto puede  
le da hermosura.  
El alba asegura  
que viene cerca,  
desterrando la noche  
de nuestras penas.

## II

¿Dónde vais, zagala,  
sola en el monte?  
Mas quien lleva el sol  
no teme la noche.  
¿Dónde vais, María,  
divina esposa,  
madre gloriosa  
de quien os cría?  
¿Qué haréis si el día  
se va al Ocaso  
y en el monte acaso  
la noche os coge?

Mas quien lleva el sol  
no teme la noche.  
El ver las estrellas  
me causa enojos,  
pero vuestros ojos  
más lucen que ellas.  
Ya sale con ellas  
la noche oscura;  
a vuestra hermosura  
la luz se asconde;  
mas quien lleva el sol  
no teme la noche.

### III

¡Cuán bienaventurado  
aquél que puede llamarse justamente,  
que sin tener cuidado  
de la malicia y lengua de la gente,  
a la virtud contraria  
la suya pasa en vida solitaria!  
¡Dichoso el que no mira  
del altivo señor las altas casas,  
ni de mirar se admira  
fuertes colunas oprimiendo basas,  
en las soberbias puertas,  
a la lisonja eternamente abiertas!  
Los altos frontispicios,  
con el noble blasón de sus pasados,  
los bélicos oficios,  
de timbres y banderas coronados,

desprecia y tiene en menos  
que en el campo los olmos, de hojas llenos.

No sufre el confiado  
en quien puede morir, y que al fin muere,  
ni humilde al levantado  
con vanas sumisiones le prefiere,  
sin ver que no hay coluna  
segura en las mudanzas de fortuna.

Ni va sin luz delante  
del señor poderoso, que atropella  
sus fuerzas arrogante,  
pues es mejor de noche ser estrella  
que por la compañía  
del sol dorado no lucir de día.

¡Dichoso el que, apartado  
de aquéllos que se tienen por discretos,  
no habla desvelado  
en sutiles sentencias y concetos,  
ni inventa voces nuevas,  
más de ambición que del ingenio pruebas!

Ni escucha al malicioso  
que de todo cuanto ve le desagrada,  
ni al crítico enfadoso  
teme la esquiva condición, fundada  
en la calumnia sola,  
fuego activo del oro que acrisola.

Ni aquellos arrogantes  
por el verde laurel de alguna ciencia,  
que llaman ignorantes  
los que tiene por sabios la experiencia,

porque la ciencia en suma  
no sale del laurel, mas de la pluma.  
No da el saber el grado  
sino el ingenio natural, del arte  
y estudio acompañado,  
que el hábito y los cursos no son parte,  
ni aquella ilustre rama,  
faltando lo esencial para dar fama.  
¡Oh cuántos hay que viven  
a sus cortas esferas condenados!  
Hoy lo que ayer escriben,  
ingenios como espejos que, quebrados,  
muestran siempre de un modo  
lo mismo en cualquier parte que en el todo.  
¡Dichoso, pues, mil veces  
el solo que en su campo, descuidado  
de vanas altiveces,  
cuanto rompiendo va con el arado  
baña con la corriente  
del agua que destila de su frente!  
El ave sacra a Marte  
le despierta del sueño perezoso,  
y el vestido sin arte  
traslada presto al cuerpo, temeroso  
de que la luz del día  
por las quiebras del techo entrar porfía.  
Revuelve la ceniza,  
sopla el humoso pino mal quemado;  
el animal se eriza  
que estaba entre las pajas acostado.

Ya la tiniebla huye  
y lo que hurtó a la luz le restituye.  
El pobre almuerzo aliña,  
come y da de comer a los dos bueyes,  
y en el barbecho o viña,  
sin envidiar los patios de los reyes,  
ufano se pasea  
a vista de las casas de su aldea.  
Y son tan derribadas,  
que aun no llega el soldado a su aposento,  
ni sus armas colgadas  
de sus paredes vio, ni el corpulento  
caballo estar atado  
al humilde pesebre del ganado.  
Caliéntase el enero,  
alrededor de sus hijuelos todos,  
a un roble, ardiendo entero,  
y allí contando de diversos modos  
de la extranjera guerra,  
duerme seguro y goza de su tierra.  
Ni deuda en plazo breve,  
ni nave por la mar su paz impide,  
ni a la fama se atreve;  
con el reloj del sol sus horas mide,  
y la incierta postrera  
ni la teme cobarde ni la espera.

#### IV

Zagala divina,  
bella labradora,

boca de rubíes,  
ojos de paloma,  
Santísima Virgen,  
soberana aurora,  
arco de los cielos  
y del sol corona:  
tantas cosas cuentan  
sagradas historias  
de vuestra hermosura,  
que el alma me roban:  
que tenéis del cielo,  
morena graciosa,  
la puerta en el pecho,  
la llave en la boca.

Vuestras gracias me cuentan,  
zagala hermosa;  
mientras más me dicen,  
más me enamoran.  
Dícenme que sois  
de las tres personas  
el trono divino  
en que asisten todas;  
que ya el Padre Eterno  
Hija suya os nombra,  
el Hijo su Madre  
y el Amor su Esposa;  
que ya el vellocino,  
de la tierra alfombra,  
lloviendo las nubes  
de perlas se borda.

Que tenéis guardada  
en vos una joya  
que de Dios el pecho  
dignamente adorna.

Vuestras gracias, etc.

Que tenéis la cara  
como cuando llora  
sobre blancos lirios  
la mañana aljófara;  
que sois nieve pura  
sobre quien deshojan  
purpúreos claveles  
o encarnadas rosas.

Yo no sé quién sirve  
hermosuras locas,  
flores de la tierra  
que la muerte corta,  
y deja de amaros,  
divina Señora,  
a cuya belleza  
la luna se postra.

Vuestras gracias, etc.

Cuéntanme que al templo  
fuistes, niña hermosa,  
cuyas quince gradas  
las subistes sola;  
que en él ofrecistes  
para tanta gloria  
casta vida y alma,  
palabras y obras;



que aunque sois casada  
la misma vitoria  
tendréis hoy que antes  
y después que agora.  
Seréis Madre y Virgen,  
porque os hizo sombra  
el amor divino  
de quien sois Esposa.  
Vuestras gracias, etc.

## V

A mi niño combaten  
fuegos y hielos,  
sólo amor padeciera  
tan gran tormento.  
Del amor el fuego  
y del tiempo el frío,  
al dulce amor mío  
quitan el sosiego.  
Digo cuando llego  
a verle, riendo:  
-Sólo amor padeciera  
tan gran tormento.  
Helarse algún pecho  
y el alma abrasarse  
sólo puede hallarse  
que amor lo haya hecho.  
Niño satisfecho  
de fuego y hielo,  
sólo amor padeciera

tan gran tormento.

## VI

Hoy al hielo nace  
en Belén mi Dios,  
cántale su Madre  
y él llora de amor.  
Aquel Verbo santo,  
luz y resplandor  
de su Padre Eterno,  
que es quien le engendró,  
en la tierra nace  
por los hombres hoy;  
cántale su Madre  
y él llora de amor.  
Como fue su Madre  
de tal perfección,  
un precioso nácar  
sólo abierto al sol,  
las que llora al Niño  
finas perlas son.  
Cántale su Madre  
y él llora de amor.  
-No lloréis, mi vida,  
que me dais pasión-,  
le dice la Niña  
que al Niño parió.  
Témplanse los aires  
a su dulce voz;  
cántale su Madre

y él llora de amor.

## VII

Este Niño y Dios, Antón,  
que en Belén tiembla y suspira,  
con unos ojuelos mira  
que penetra el corazón.

Este Niño celestial  
tiene unos ojos tan bellos,  
que se va el alma tras ellos  
como a centro natural.

Ya es cordero y no es león,  
y como dejó la ira,  
con unos ojuelos mira  
que penetra el corazón.

Antiguamente miraba  
en nube, monte y en fuego  
y en ofendiéndole, luego  
del ofensor se vengaba;  
mas después que vino, Antón,  
donde como hombre suspira,  
con unos ojuelos mira  
que penetra el corazón.

No se dejaba mirar  
envuelto en nubes y velos;  
ahora en pajas y hielos  
se deja ver y tocar.

Y como ve a los que son  
la causa por que suspira,  
con unos ojuelos mira

que penetra el corazón.

## VIII

La niña a quien dijo el ángel  
que estaba de gracia llena,  
cuando de ser de Dios madre  
le trujo tan altas nuevas,  
ya le mira en un pesebre  
llorando lágrimas tiernas,  
que obligándose a ser hombre  
también se obliga a sus penas.

«¿Qué tenéis, dulce Jesús?  
-le dice la niña bella-,  
¿tan presto sentís, mis ojos,  
el dolor de mi pobreza?

Yo no tengo otros palacios  
en que recibiros pueda,  
sino mis brazos y pechos  
que os regalan y sustentan.  
No puedo más, amor mío,  
porque si yo más pudiera  
vos sabéis que vuestros cielos  
envidiaran mi riqueza».

El niño recién nacido  
no mueve la pura lengua,  
aunque es la sabiduría  
de su eterno Padre inmensa,  
mas revelándole el alma  
de la Virgen la respuesta,  
cubrió de sueño en sus brazos

blandamente sus estrellas.

Ella entonces, desatando  
la voz regalada y tierna,

así tuvo a su armonía

la de los cielos suspensa:

Pues andáis en las palmas,

ángeles santos,

que se duerme mi niño,

tened los ramos.

Palmas de Belén

que mueven airados

los furiosos vientos

que suenan tanto:

no le hagáis ruido,

corred más paso,

que se duerme mi niño,

tened los ramos.

El niño divino,

que está cansado

de llorar en la tierra

por su descanso,

sosegar quiere un poco

del tierno llanto.

Que se duerme mi niño,

tened los ramos.

Rigurosos yelos

le están cercando;

ya veis que no tengo

con qué guardarlo.

Ángeles divinos

que vais volando,  
que se duerme mi niño,  
tened los ramos.

\*\*\*\*

## **RIMAS SACRAS**

### **CANCIÓN A LA MUERTE DE CARLOS FÉLIX**

Éste de mis entrañas dulce fruto,  
con vuestra bendición, ¡oh Rey Eterno!,  
ofrezco humildemente a vuestras aras,  
que si es de todos el mejor tributo  
un puro corazón humilde y tierno  
y el más precioso de las prendas caras,  
no las aromas raras  
entre olores fenicios  
y licores sabeos,  
os rinden mis deseos,  
por menos olorosos sacrificios,  
sino mi corazón, que Carlos era,  
que en el que me quedó menos os diera.  
Diréis, Señor, que en daros lo que es vuestro  
ninguna cosa os doy, y que querría  
hacer virtud necesidad tan fuerte,  
y que no es lo que siento lo que muestro,  
pues anima su cuerpo el alma mía  
y se divide entre los dos la muerte.  
Confieso que de suerte

vive a la suya asida,  
que cuanto a la vil tierra  
que el ser mortal encierra,  
tuviera más contento de su vida;  
mas cuanto al alma, ¿qué mayor consuelo  
que lo que pierdo yo me gane el cielo?  
Póstrese nuestra vil naturaleza  
a vuestra voluntad, imperio sumo,  
autor de nuestro límite, Dios santo;  
no repugne jamás nuestra bajeza,  
sueño de sombra, polvo, viento y humo,  
a lo que vos queréis, que podéis tanto;  
afréntese del llanto  
injusto, aunque forzoso,  
aquella inferior parte  
que a la sangre reparte  
materia de dolor tan lastimoso,  
porque donde es inmensa la distancia,  
como no hay proporción no hay repugnancia.  
Quiera yo lo que vos, pues no es posible  
no ser lo que queréis, que no queriendo,  
saco mi daño a vuestra ofensa junto.  
Justísimo sois vos; es imposible  
dejar de ser error lo que pretendo,  
pues es mi nada indivisible punto.  
Si a los cielos pregunto,  
vuestra circunferencia  
inmensa, incircunscrita,  
pues que sólo os limita  
con margen de piedad vuestra clemencia,

¡oh guarda de los hombres!, yo ¿qué puedo  
adonde tiembla el serafín de miedo?  
Amábaos yo, Señor, luego que abristes  
mis ojos a la luz de conoceros,  
y regalome el resplandor suave.  
Carlos fue tierra, eclipse padecistes,  
divino Sol, pues me quitaba el veros  
opuesto como nube densa y grave.

Gobernaba la nave  
de mi vida aquel viento  
de vuestro auxilio santo  
por el mar de mi llanto  
al puerto del eterno salvamento,  
y cosa indigna, navegando, fuera  
que rémora tan vil me detuviera.  
¡Oh, cómo justo fue que os ofreciese  
mi alma impedimentos para amaros,  
pues ya por culpas propias me detengo!  
¡Oh, cómo justo fue que os ofreciese  
este cordero yo para obligaros,  
sin ser Abel, aunque envidiosos tengo!

Tanto, que a serlo vengo  
yo mismo de mí mismo,  
pues ocasión como ésta  
en un alma dispuesta  
la pudiera poner en el abismo  
de la obediencia, que os agrada tanto  
cuanto por loco amor ofende el llanto.  
¡Oh, quién como aquel padre de las gentes  
el hijo sólo en sacrificio os diera



y los filos al cielo levantara!  
No para que con alas diligentes  
ministro celestial los detuviera  
y el golpe al corderillo trasladara,  
mas porque calentara  
de rojo humor la peña,  
y en vez de aquel cordero  
por quien corrió el acero  
y cuya sangre humedeció la leña,  
muriera el ángel, y trocando estilo,  
en mis entrañas comenzara el filo.  
Y vos, dichoso niño, que en siete años  
que tuvistes de vida, no tuvistes  
con vuestro padre inobediencia alguna,  
corred con vuestro ejemplo mis engaños,  
serenad mis paternos ojos tristes,  
pues ya sois sol donde pisáis la luna.  
De la primera cuna  
a la postrera cama  
no distes sola un hora  
de disgusto, y agora  
parece que le dais, si así se llama  
lo que es pena y dolor de parte nuestra,  
pues no es la culpa, aunque es la causa vuestra.  
Cuando tan santo os vi, cuando tan cuerdo,  
conocí la vejez que os inclinaba  
a los fríos umbrales de la muerte;  
luego lloré lo que ahora gano y pierdo,  
y luego dije: «Aquí la edad acaba,  
porque nunca comienza desta suerte».

¿Quién vio rigor tan fuerte,  
y de razón ajeno,  
temer por bueno y santo  
lo que se amaba tanto?

Mas no os temiera yo por santo y bueno,  
si no pensara el fin que prometía  
quien sin el curso natural vivía.

Yo para vos los pajarillos nuevos,  
diversos en el canto y las colores,  
encerraba, gozoso de alegraros;  
yo plantaba los fértiles renuevos  
de los árboles verdes, yo las flores  
en quien mejor pudiera contemplaros,

pues a los aires claros  
del alba hermosa apenas  
saliste, Carlos mío,

bañado de rocío,  
cuando, marchitas las doradas venas,  
el blanco lirio convertido en hielo  
cayó en la tierra, aunque traspuesto al cielo.

¡Oh qué divinos pájaros agora,  
Carlos, gozáis, que con pintadas alas  
discurren por los campos celestiales  
en el jardín eterno, que atesora  
por cuadros ricos de doradas salas  
más hermosos jacintos orientales,

adonde a los mortales  
ojos la luz excede!

¡Dichoso yo que os veo  
donde está mi deseo

y donde no tocó pesar ni puede,  
que sólo con el bien de tal memoria  
toda la pena me trocáis en gloria!  
¿Qué me importara a mí que os viera puesto  
a la sombra de un príncipe en la tierra,  
pues Dios maldice a quien en ellos fía,  
ni aun ser el mismo príncipe, compuesto  
de aquel metal del sol, del mundo guerra,  
que tantas vidas consumir porfía?

La breve tiranía,  
la mortal hermosura,  
la ambición de los hombres,  
con títulos y nombres  
que la lisonja idolatrar procura,  
al espirar la vida, ¿en qué se vuelven  
si al fin en el principio se resuelven?  
Hijo, pues, de mis ojos, en buen hora  
vais a vivir con Dios eternamente  
y a gozar de la patria soberana.  
¡Cuán lejos, Carlos venturoso, agora  
de la impiedad de la ignorante gente  
y los sucesos de la vida humana,  
sin noche, sin mañana,  
sin vejez siempre enferma,  
que hasta el sueño fastidia,  
sin que la fiera envidia  
de la virtud a los umbrales duerma,  
del tiempo triunfaréis, porque no alcanza  
donde cierran la puerta a la esperanza!  
La inteligencia que los orbes mueve

a la celeste máquina divina  
dará mil tornos con su hermosa mano,  
fuego el León, el Sagitario nieve,  
y vos, mirando aquella esencia trina,  
ni pasaréis invierno ni verano,  
y desde el soberano  
lugar que os ha cabido,  
los bellísimos ojos,  
paces de mis enojos,  
humillaréis a vuestro patrio nido,  
y si mi llanto vuestra luz divisa,  
los dos claveles bañaréis en risa.  
Yo os di la mejor patria que yo pude  
para nacer, y agora en vuestra muerte  
entre santos dichosa sepultura;  
resta que vos roguéis a Dios que mude  
mi sentimiento en gozo, de tal suerte,  
que, a pesar de la sangre que procura  
cubrir de noche oscura  
la luz desta memoria,  
viváis vos en la mía,  
que espero que algún día  
la que me da dolor me dará gloria,  
viendo al partir de aquesta tierra ajena,  
que no quedáis adonde todo es pena.

## **LA DOROTEA**

A mis soledades voy,  
de mis soledades vengo,  
porque para andar conmigo  
me bastan mis pensamientos.

No sé qué tiene el aldea  
donde vivo y donde muero,  
que con venir de mí mismo  
no puedo venir más lejos.  
Ni estoy bien ni mal conmigo,  
mas dice mi entendimiento  
que un hombre que todo es alma  
está cautivo en su cuerpo.  
Entiendo lo que me basta  
y solamente no entiendo  
cómo se sufre a sí mismo  
un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan  
fácilmente me defiendo,  
pero no puedo guardarme  
de los peligros de un necio.

Él dirá que yo lo soy,  
pero con falso argumento,  
que humildad y necesidad  
no caben en un sujeto.

La diferencia conozco  
porque en él y en mí contemplo  
su locura en su arrogancia,  
mi humildad en mi desprecio.

O sabe naturaleza  
más que supo en este tiempo,

o tantos que nacen sabios  
es porque lo dicen ellos.  
«Sólo sé que no sé nada»,  
dijo un filósofo, haciendo  
la cuenta con su humildad,  
adonde lo más es menos.  
No me precio de entendido,  
de desdichado me precio,  
que los que no son dichosos  
¿cómo pueden ser discretos?  
No puede durar el mundo,  
porque dicen, y lo creo,  
que suena a vidrio quebrado  
y que ha de romperse presto.

Señales son del juicio  
ver que todos le perdemos,  
unos por carta de más,  
otros por carta de menos.  
Dijeron que antiguamente  
se fue la verdad al cielo;  
tal la pusieron los hombres,  
que desde entonces no ha vuelto.

En dos edades vivimos  
los propios y los ajenos;  
la de plata los extraños  
y la de cobre los nuestros.  
¿A quién no dará cuidado,  
si es español verdadero,  
ver los hombres a lo antiguo  
y el valor a lo moderno?

Todos andan bien vestidos,  
y quéjense de los precios,  
de medio arriba, romanos;  
de medio abajo, romeros.

Dijo Dios que comería  
su pan el hombre primero  
en el sudor de su cara  
por quebrar su mandamiento,  
y algunos, inobedientes  
a la vergüenza y al miedo,  
con las prendas de su honor  
han trocado los efetos.

Virtud y filosofía  
peregrinan como ciegos;  
el uno se lleva al otro,  
llorando van y pidiendo.  
Dos polos tiene la tierra,  
universal movimiento:  
la mejor vida, el favor;  
la mejor sangre, el dinero.

Oigo tañer las campanas  
y no me espanto, aunque puedo,  
que en lugar de tantas cruces  
haya tantos hombres muertos.  
Mirando estoy los sepulcros,  
cuyos mármoles eternos  
están diciendo sin lengua  
que no lo fueron sus dueños.  
¡Oh, bien haya quien los hizo,  
porque solamente en ellos

de los poderosos grandes  
se vengaron los pequeños!  
Fea pintan a la envidia,  
yo confieso que la tengo  
de unos hombres que no saben  
quién vive pared en medio.  
Sin libros y sin papeles,  
sin tratos, cuentas ni cuentos,  
cuando quieren escribir  
piden prestado el tintero.  
Sin ser pobres ni ser ricos  
tienen chimenea y huerto;  
no los despiertan cuidados,  
ni pretensiones, ni pleitos;  
ni murmuraron del grande,  
ni ofendieron al pequeño;  
nunca, como yo, firmaron  
parabién ni pascua dieron.  
Con esta envidia que digo  
y lo que paso en silencio,  
a mis soledades voy,  
de mis soledades vengo.

## II

Zagala, así Dios te guarde,  
que me digas si me quieres,  
que aunque no pienso olvidarte,  
impórtame no perderme.  
A tus ojos me subiste,  
en ellos vi cómo llueven



cuando quieren perlas vivas  
y rayos cuando aborrecen.  
Si fue verdad, tú lo sabes;  
mis desconfianzas temen  
que, como hay gustos que engañan,  
habrá lágrimas que mienten.  
Los hechizos de tu llanto  
divinamente me prenden,  
pues mis ojos de los tuyos  
veneno de perlas beben.  
Tus lágrimas me aseguran.  
Tus regalos me entretienen,  
tus favores me confían  
y tus celos me enloquecen.  
Mas en medio destas cosas,  
por cualquiera enojo leve,  
si quieres, ¿cómo es posible  
que te vayas y me dejes?  
Tres días ha que te fuiste  
a los prados y a las fuentes,  
dejando las de mis ojos,  
adonde pudieras verte.  
¿En qué mejores cristales  
quien ama mirarse puede,  
si espejos del alma vivos  
fueron las lágrimas siempre?  
O me quieres o me olvidas;  
si me olvidas, ¿cómo vuelves?;  
y si me quieres, zagala,  
¿cómo gustas de mi muerte?

Por hablar con las serranas  
acaso y sin detenerme,  
¡ay Dios, qué duras venganzas  
de culpas que no te ofenden!  
Traen del baile a tu choza  
mil almas tus ojos verdes  
y no los riño celoso,  
Dios sabe si culpa tienen,  
y tú me matas a mí,  
que si he pensado ofenderte  
antes que mire otros ojos  
los míos llorando cieguen.  
Zagala del alma mía,  
vuelve por tu vida a verme;  
mas ninguna obligación  
te traiga si me aborreces,  
que yo me sabré morir  
desesperado y ausente  
porque me debas matarme,  
porque no te canse el verme.

### III

Al son de los arroyuelos  
cantan las aves de flor en flor  
que no hay más gloria que amor  
ni mayor pena que celos.  
Por estas selvas amenas,  
al son de arroyos sonoros,  
cantan las aves a coros  
de celos y amor las penas.

Suenan del agua las venas,  
instrumento natural,  
y como el dulce cristal  
va desatando los yelos,  
al son...

De amor las glorias celebran  
los narcisos y claveles,  
las violetas y penseles  
de celos no se requiebran.  
Unas en otras se quiebran  
las ondas por las orillas  
y como las arenillas  
ven por cristalinos velos,  
al son...

Arroyos murmuradores  
de la fe de amor perjura  
por hilos de plata pura  
ensartan perlas en flores.  
Todo es celos, todo amores,  
y mientras que lloro yo  
las penas que amor me dio  
con sus celosos desvelos,  
al son de los arroyuelos  
cantan las aves de flor en flor  
que no hay más gloria que amor  
ni mayor pena que celos.

#### IV

Corría un manso arroyuelo  
entre dos valles al alba,

que sobre prendas de aljófaro  
le prestaban esmeraldas.  
Las blancas y rojas flores  
que por las márgenes bañadas  
dos veces eran narcisos  
en el espejo del agua.  
Ya se volvía el aurora  
y en los prados imitaban  
celosos lirios sus ojos,  
jazmines sus manos blancas.  
Las rosas en verdes lazos,  
vestidas de blanco y nácar,  
con hermosura de un día  
daban envidia y venganza.  
Ya no bajaban las aves  
al agua, porque pensaban,  
como daba el sol en ella,  
que eran pedazos de plata.  
En esta razón Lisardo  
salía de su cabaña,  
¿quién pensara que a estar triste  
donde todos se alegraban?  
Por las mal enjutas sendas  
delante el ganado baja,  
que a un mismo tiempo paciende  
come yelo y bebe escarcha.  
Por otra parte venía  
de sus tristezas la causa,  
hermosa como ella misma,  
pues ella sola se iguala.

Leyendo viene una letra  
que a sus estrellas con alma  
compuso Lisardo un día  
con más amor que esperanza.

Viole admirado de verla  
y de unas cintas moradas,  
para matalle a lisonjas  
el instrumento desata,  
y por dos hilos de perlas  
que dos claveles guardaban,  
dio la voz al manso viento  
y repitió las palabras:

«Madre, unos ojuelos vi  
verdes, alegres y bellos.

¡Ay, que me muero por ellos  
y ellos se burlan de mí!

Las dos niñas de sus cielos  
han hecho tanta mudanza,  
que la color de esperanza  
se me ha convertido en celos.

Yo pienso, madre, que vi  
mi vida y mi muerte en vellos.

¡Ay, que me muero por ellos  
y ellos se burlan de mí!

¿Quién pensara que el color  
de tal suerte me engañara?

Pero ¿quién no lo pensara  
como no tuviera amor?

Madre, en ellos me perdí  
y es fuerza buscarme en ellos.

¡Ay, que me muero por ellos  
y ellos se burlan de mí!».

V

¡Ay, soledades tristes  
de mi querida prenda,  
donde me escuchan solas  
las ondas y las fieras!  
Las unas que espumosas  
nieve en las peñas siembran,  
porque parezcan blandas  
con mi dolor las peñas;  
las otras que bramando  
ya tiemblan la fiereza  
y en sus entrañas hallan  
el eco de mis quejas.  
¿Cómo sin alma vivo  
en esta seca arena  
o cómo espero el día  
si está mi aurora muerta?  
O ¿pediré llorando  
la noche de su ausencia  
que, pues ya viven juntas,  
entrambas amanezcan?  
Pero saldrán las tuyas  
y no saldrá mi estrella,  
que aunque de noche salen  
padece noche eterna.  
Alma Venus divina,  
que día y noche muestras

la senda del aurora  
y del mayor planeta,  
por esta noche sola  
le da la presidencia,  
pues sabes que te iguala  
su luz y su pureza.

Cubra funesto luto,  
barquilla pobre y yerma,  
de la proa a la popa,  
tus jarcias y tus velas.

No ya tendal te vista  
ni te coronen fiestas,  
marítimos hinojos,  
mas venenosa adelfa.

Las juncias y espadañas  
que de aquestas riberas  
con sus dorados lirios  
tejidas orlas eran,  
y los laureles verdes,  
secos tarayes sean,  
lo inútil de sus hojas  
mis esperanzas tengan;  
y rómpaste de suerte  
que parezcas deshecha  
cabaña despreciada  
que los pastores dejan.

No ya por la mesana  
tus flámulas parezcan  
sierpes de seda al viento,  
de tafetán cometas;

no de alegres colores,  
sino de sombras negras,  
las palas de tus remos  
las ondas encanezcan;  
no las desnudas ninfas  
cuando la vela tiendas  
a la embreada quilla  
arrimen las cabezas.  
Deshechos huracanes  
te saquen y te vuelvan,  
pues ya la mar de España  
les concedió licencia.  
Vosotros, ¡oh barqueros!,  
que en aquestas aldeas  
dejáis vuestras esposas  
hermosas y discretas,  
si obligan amistades  
a mis tristes endechas,  
en tanto que las olas  
por estas rocas trepan,  
pues viven retiradas  
las barcas y las pescas,  
ayudad con suspiros  
mis lastimosas quejas.  
El que a la mar saliere  
para que presto vuelva,  
embárquese en mis ojos  
y le tendrá más cerca.  
El que estuviere alegre  
ni venga ni me vea,



que volverá de verme  
con inmortal tristeza.  
Cortad ciprés funesto  
y acompañad mi pena  
con versos infelices  
de míseras elegías;  
y el que mejores rimas  
hiciera a las exequias  
de mi querida esposa,  
tal premio se prometa.  
Aquí tengo dos vasos  
donde esculpidas tenga  
la desdeñosa Dafnes  
y la amorosa Leda;  
aquélla verde lauro  
y con las plumas ésta  
del cisne por quien Troya  
llamó su fuego a Elena;  
y dos redes tan juntas  
que si sus nudos cuenta,  
podrá suspiros míos  
y yo del mar la arena.  
Sacarán las Nayades  
las Dríadas y Oreas,  
aquéllas de las ondas,  
las otras de las selvas,  
las frentes que coronan  
corales y verbenas  
para que doble el llanto  
tan mísera tragedia.

«Ya es muerta, decid todos,  
ya cubre poca tierra  
la divina Amarilis,  
honor y gloria vuestra;  
aquélla cuyos ojos  
verdes, de amor centellas,  
músicos celestiales,  
Orfeos de almas eran,  
cuyas hermosas niñas  
tenían, como reinas,  
doseles de su frente  
con armas de sus cejas.  
Aquélla cuya boca  
daba lición risueña  
al mar de hacer corales;  
al alba de hacer perlas;  
aquélla que no dijo  
palabras extranjeras  
de la virtud humilde  
y la verdad honesta;  
aquélla cuyas manos,  
de vivo azâr compuestas,  
eran nieve en blancura,  
cristal en transparencia,  
cuyos pies parecían  
dos ramos de azucenas,  
si para ser más lindas  
nacieran tan pequeñas;  
la que en la voz divina  
desafió sirenas,

para quien nunca Ulises  
pudiera hallar cautela;  
la que añadió al Parnaso  
la musa más perfecta,  
la virtud y el ingenio,  
la gracia y la belleza.  
Matola su hermosura  
porque ya no pudiera  
la envidia oír su fama,  
ni ver su gentileza».

Venid a consolarme,  
que muero de tristeza...

Mas no vengáis, barqueros,

que no quiero perderla;  
que si mi vida dura  
es sólo porque sienta  
más muerte con la vida,  
más vida que sin ella.

Ya roto el instrumento,  
los lazos y las cuerdas,

lo que la voz solía  
las lágrimas celebran.

Su dulce nombre llamo,  
mas poco me aprovecha,  
que el eco que me burla  
con mis acentos suena.

Mi propia voz me engaña,

y como voy tras ella,  
cuanto la sigo y llamo  
tanto de mí se aleja.

En este dulce engaño  
pensando que me espera  
salen del alma sombras  
a fabricar ideas.

Delante se me ponen,  
y yo, con ansia extrema,  
lo que imagino abrazo,  
por ver si efeto engendra.

Pero en desdicha tanta  
y en tanta diferencia  
los brazos que engañaba  
desengañados quedan.

¡Qué alegre respondía,  
dividiendo risueña  
aquel clavel honesto  
en dos esferas medias!

Y yo, su esposo triste,  
al desatar la lengua,  
cogía de sus hojas  
la risa con las perlas.

Mas ya no me responde  
mi dulce, amada prenda,  
que en el silencio eterno  
a nadie dan respuesta.

De suerte sus memorias  
en soledad me dejan,  
que busco sus estampas  
por esta arena seca,  
y donde tantos miro  
-¡qué locura tan nueva!-

escojo las menores  
y digo que son ellas.  
No hay árbol donde tuvo  
alguna vez la siesta,  
que no le abrace y pida  
la sombra que me niega,  
y entre estas soledades  
con ansias tan estrechas  
no miro su retrato  
y muérome por verla;  
que no pueden los ojos  
sufrir que muerta sea  
la que tan lindo talle  
pintada representa.  
Lo que deseo huyo,  
porque de ver me pesa  
que dure más el arte  
que la naturaleza;  
sin esto, porque creo,  
-como me mira atenta-,  
que, pues que no me habla,  
no debe de ser ella.  
Pintola Franceliso,  
de las paredes cuelga  
de mi cabaña pobre,  
mas ¡qué mayor riqueza!  
Si alguna vez acaso  
levanto el rostro a verla,  
las lágrimas la miran,  
porque los ojos ciegan;

mas no podrá quejarse  
de que otra cosa vean,  
aunque mirase flores,  
sin parecerme feas.

Tan triste vida paso  
que todo me atormenta,  
la muerte porque huye,  
la vida porque espera.  
Cuando barqueros miro,  
cuyas esposas muertas,  
que tanto amaron vivas,  
olvidan y se alegran,  
huyo de hablar con ellos,  
por no pensar que puedan  
hacer en mí los tiempos  
a su memoria ofensa;  
porque si alguna cosa,  
aun suya, me consuela,  
ya pienso que la agravio  
y dejo de tenerla.

Así lloraba Fabio  
del mar en las riberas,  
la vida de Amarilis,  
la muerte de su ausencia,  
cuando atajaron juntas  
con desmayada fuerza,  
el corazón las ansias,  
las lágrimas la lengua.  
Amor, que le escuchaba,  
dijo: «La edad es ésta

de Píramo y Leandro,  
de Porcia, Julia y Fedra,  
que no son destos siglos  
amores tan de veras,  
que ni el morir los cura  
ni el tiempo los remedia».

## VI

¡Pobre barquilla mía  
entre peñascos rota,  
sin velas desvelada  
y entre las olas sola!  
¿Adónde vas perdida,  
adónde, di, te engolfas,  
que no hay deseos cuerdos  
con esperanzas locas?  
Como las altas naves  
te apartas animosa  
de la vecina tierra  
y al fiero mar te arrojas.  
Igual en las fortunas,  
mayor en las congojas,  
pequeña en las defensas,  
incitas a las ondas.  
Advierte que te llevan  
a dar entre las rocas  
de la soberbia envidia,  
nafragio de las honras.  
Cuando por las riberas  
andabas costa a costa,

nunca del mar temiste  
las iras procelosas:  
segura navegabas,  
que por la tierra propia  
nunca el peligro es mucho  
adonde el agua es poca.

Verdad es que en la patria  
no es la virtud dichosa,  
ni se estimó la perla  
hasta dejar la concha.

Dirás que muchas barcas  
con el favor en popa,  
saliendo desdichadas,  
volvieron venturosas.

No mires los ejemplos  
de las que van y tornan,  
que a muchas ha perdido  
la dicha de las otras.

Para los altos mares  
no llevas cautelosa  
ni velas de mentiras  
ni remos ni lisonjas.

¿Quién te engañó, barquilla?

Vuelve, vuelve la proa,  
que presumir de nave  
fortunas ocasiona.

¿Qué jarcias te entretejen?

¿Qué ricas banderolas  
azote son del viento  
y de las aguas sombra?



¿En qué gavia descubres,  
del árbol alta copa,  
la tierra en perspectiva,  
del mar incultas orlas?  
¿En qué celajes fundas  
que es bien echar la sonda  
cuando, perdido el rumbo,  
erraste la derrota?  
Si te sepulta arena,  
¿qué sirve fama heroica?;  
que nunca desdichados  
sus pensamientos logran.  
¿Qué importa que te ciñan  
ramas verdes o rojas,  
que en selvas de corales  
salado césped brota?  
Laureles de la orilla  
solamente coronan  
navíos de alto borde  
que jarcias de oro adornan.  
No quieras que yo sea  
por tu soberbia pompa  
Faetonte de barqueros  
que los laureles lloran.  
Pasaron ya los tiempos  
cuando lamiendo rosas  
el céfiro bullía  
y suspiraba aromas.  
Ya fieros huracanes  
tan arrogantes soplan,

que salpicando estrellas,  
del sol la frente mojan.  
Ya los valientes rayos  
de la vulcana forja  
en vez de torres altas  
abrasan pobres chozas.  
Contenta con tus redes  
a la playa arenosa  
mojado me sacabas;  
pero vivo, ¿qué importa?  
Cuando de rojo nácar  
se afeitaba la aurora,  
más peces te llenaban  
que ella lloraba aljófara.  
Al bello sol que adoro,  
enjuta ya la ropa,  
nos daba una cabaña  
la cama de sus hojas;  
esposo me llamaba,  
yo la llamaba esposa,  
parándose de envidia  
la celestial antorcha.  
Sin pleito, sin disgusto,  
la muerte nos divorcia;  
¡ay de la pobre barca  
que en lágrimas se ahoga!  
Quedad sobre la arena,  
inútiles escotas,  
que no ha menester velas  
quien a su bien no torna.

Si con eternas plantas  
las fijas luces doras,  
¡oh dueño de mi barca!,  
y en dulce paz reposas,  
merezca que le pidas  
al bien que eterno gozas  
que adonde estás me lleve,  
más pura y más hermosa.  
Mi honesto amor te obligue,  
que no es digna victoria  
para quejas humanas  
ser las deidades sordas.  
Mas ¡ay, que no me escuchas!...

Pero la vida es corta:  
viviendo, todo falta;  
muriendo, todo sobra.

## VII

Si tuvieras, aldeana,  
la condición como el talle,  
fuera reina de tu aldea,  
tuvieras vasallos grandes.  
Opuestas al sol de tus ojos  
la luna de tu donaire,  
la tierra de tu aspereza  
forma eclipses, sombras hace.  
¿Eres tú la bien prendida,  
aunque es mejor que te llamen  
la que cuanto mira prende  
y tiene celos del aire?

Si no puede tu belleza  
de ti misma asegurarte,  
¿qué hará mi amor, Amarilis,  
que para tus celos baste?

El día, aldeana bella,  
que bajas del monte al valle,  
¿qué envidias no te aseguran  
tu hermosura y mis verdades?

Las zagalas que te miran  
apenas dicen que saben  
adonde pones los pies,  
tan breves estampas hacen.

Todas envidian tu brío,  
y en tus galas, siempre iguales,  
aprenden cuidados todas  
de los descuidos que traes.

Pareces la primavera,  
que las flores y las aves  
todas despiertan a verte  
y al sol de tus ojos salen.

Mal hayan los arroyuelos  
si cuando por ellos pases  
no murmuraren alegres  
que tengas celos de nadie.

Siendo así, ¿por qué te ofendes  
en presumir que me agrade  
quien tiene envidia de ti  
y se precia de imitarte?

No gastes mal tantas perlas,  
no llores más, no me mates,

que pienso que tus estrellas  
se están dividiendo en partes.

Baste el enojo, Amarilis,  
sal por tu vida a escucharme,  
que a las niñas de tus ojos  
quiero cantar por que callen:

No lloréis, ojuelos,  
porque no es razón  
que llore de celos  
quien mata de amor.

Quien puede matar  
no intente morir,  
si hace con reír  
más que con llorar.

Si queréis vengar  
los que muerto habéis,

¿por qué no tenéis  
de mí compasión?

No lloréis, ojuelos,  
porque no es razón  
que llore de celos  
quien mata de amor.